

JOSÉ VARELA ORTEGA

## UN PUENTE SOBRE EL SENA O EL REGRESO A BRUSELAS

### UNA PALABRA DE JUSTIFICACIÓN A GUIA DE INTRODUCCIÓN

**E**n algún lugar de la inmortal novela, reconviene el desdichado pero noble caballero a Sancho por su villanía de ponerse siempre al lado de los que ganan y mandan. El linaje es alimento de autoridad, indiscutible por definición. Tiene, pues, una digestión racional complicada. Sin embargo, hay quizá razones intelectuales para sostener la aseveración del hidalgo, en la medida que nuestra andadura académica tiene una función crítica y nuestra cabalgada un cierto trote contra-cíclico. O debiera tenerlo. Nunca he acudido más veces a la Fundación Pablo Iglesias que en la anterior legislatura. Y allí tengo buenos amigos que llevan con elegancia mi incompreensión ante la peculiar noción filosófica que identifica la igualdad de oportunidades con la de resultados, o la confusión, que les ha inoculado el virus nacionalista, entre diferencia (cultural) y desigualdad (social). Llevan también con paciencia mi incomodidad ante la idea de construir «una mayoría natural» (cuyo «ensayo general» ya vimos en la II República cómo acabó) y mi asombro ante la reciente fascinación de un partido internacionalista por etnias nacionalistas y religiones intolerantes. No me parecería equilibrado, pues, abandonar a mis amigos de FAES en esta encrucijada electoral. Amigos que tan tolerantes son conmigo y mis creencias en el principio científico del libre examen –incluido el de las células madre– y que con tanta resignación soportan mi insistencia de que catequesis no es lo mismo que historia de la religión, ni

---

José Varela Ortega es Director del Colegio de España en París.

### *Cuadernos de pensamiento político*

el derecho individual de recibir aquélla puede convertirse en el deber social de imponerla a «puntazos».

Por razones profesionales evidentes, siempre he estado interesado en estos temas de política internacional. Sin embargo, andaba yo ahora en el negocio de la imagen de España en el extranjero, más que a la inversa. Por eso, cuando Javier Zarzalejos me pidió que escribiera lo que sigue, mi primer impulso fue el de negarme. Luego pensé en que habían perdido las elecciones y que, si desertaba ahora, podría pensarse que lo hacía para seguir en el Colegio de España y en París. Y es verdad. Es cierto que París bien lo vale. Pero no al precio de quebrantar mi juramento socrático: el decir la verdad de lo que pienso (y, si el cerebro me acompaña, pensar la verdad de lo que digo). En eso tenía razón el triste caballero. Porque las rentas fiscales no son carta de nobleza. Son del contribuyente. Van y vienen. La libertad e independencia de juicio, no. Son mías y son irremplazables.

### **LOS MAPAS DE ESPAÑA**

La Exposición Universal de 1900 brindó la ocasión para dar un impulso significativo a la urbanización de París, plasmado, entre otras actuaciones, por *Le Grand et le Petit Palais*. Entre ambos edificios emblemáticos, se proyectaba una gran avenida con la explanada y la cúpula de *Les Invalides* como eje y fondo. El Sena se salvaba con un puente que, no por casualidad, recuerda a los de San Petersburgo. Se comenzó a construir en 1886 y estuvo a tiempo para la Exposición, aunque lleva la fecha de 1903 como contribución de los Zares Alejandro III y Nicolás II a la conmemoración del décimo aniversario del tratado franco-ruso de 1893. Un pacto que ha pasado a la historia como «la alianza trascendental». Y algo de eso hubo puesto que hizo posible «el milagro del Marne», o el agotamiento de la primera gran ofensiva del ejército alemán, en el verano de 1914, obligado a trasladar un número considerable de efectivos al frente oriental. A la finalización e inauguración del famoso puente, los Presidentes del Consejo fueron, por este orden, René Waldeck-Rousseau y Émile Combes. Ambos eran radicales de izquierda, responsable el último de la admirable (en mi opinión) legislación laica de la III República, hoy de nue-

### Cuadernos de pensamiento político

vo en el debate político por el cuestionamiento que de la misma hacen los fundamentalistas musulmanes. No parece aventurado sugerir que la idea que los mencionados políticos radicales tuvieran de la Rusia de los Romanov, imperial, teocrática y autocrática, fuera escasamente positiva. Sin embargo, ellos y los demás políticos republicanos franceses, de la izquierda a la derecha, mantuvieron la estrecha alianza con los rusos hasta 1918. Se ve que nuestros radicales franceses del siglo pasado aparcaron la ideología y se limitaron a mirar el mapa. Vieron a la Alemania imperial en medio y decidieron sacrificar sus gustos en aras de sus intereses. Sus rivales alemanes hicieron otro tanto, aunque a la inversa, claro. Al parecer, el Canciller Bismarck, cuando nacionalistas e imperialistas alemanes le importunaban exigiéndole una revisión de la Conferencia de Berlín (1884-1885), a fin de lograr un nuevo reparto de África más favorable a Alemania, solía desplegar un mapa de Europa señalando, *ahí está Francia, allí Rusia y aquí en el medio estamos nosotros: ese es mi mapa de África.*

Los EE.UU. no son precisamente la Rusia zarista. Nos une a la República Americana una comunidad de valores liberales y democráticos, mucho más intensa de lo que Robert Kagan está dispuesto a admitir. Pero, en todo caso, tampoco en este trance se nos exige hoy a los españoles paladar sino sentido común. Basta con que comprendamos que nos conviene una alianza con *la* potencia hegemónica que, en lugar de amenazarnos, vela por nuestra seguridad –en la medida, claro está, que identifica esa protección que nos otorga con sus intereses estratégicos. Eso, guste o disguste, es verdad simplemente porque forma parte de nuestra realidad. Como también lo es que, desde 1917, a los europeos nos ha ido mejor –a veces nos ha ido la vida en ello– manteniendo una estrecha alianza con los EE.UU., un hecho, lo formule Aznar o su porquero, fácilmente contrastable, sin que por ello tenga nadie que renunciar a sus convicciones socialistas o populares. Puede, pues, que nosotros debamos hacer lo mismo en España que franceses y alemanes de otrora: mirar el mapa y dejarnos de interpretar el tablero internacional en clave ideológica o en función de gustos y colores. Y ahí están, en efecto, los mapas de nuestros intereses para quien quiera observarlos con un mínimo de atención y objetividad.

Del mapa histórico, lingüístico y cultural poco hay que decir. Es una obviedad que la herencia americana está presente de un modo

### *Cuadernos de pensamiento político*

contundente en nuestra memoria histórica, en la representación que tenemos de nosotros mismos, en la construcción de nuestra propia identidad. El 12 de octubre se celebra en toda América, EE.UU. incluido, y en España se festeja desde el IV Centenario (1892). Como fiesta nacional española es de reciente consagración, pero no ha levantado discrepancias –a salvedad de algún comentario marginal e ignorante– precisamente porque no es un dato arbitrario. Ni siquiera hace falta recurrir a la fábrica de leyendas y epopeyas nacionales. El hecho americano es una historia de familia, una realidad inmediata imponente: hasta hace medio siglo, historias de emigrantes, casonas de indianos, como testigos mudos de una realidad social; hoy, es parte del paisaje humano de nuestras ciudades, esta vez inmigrantes de allá que vienen «acá», para hacer su Europa. Todos, los de aquí y los de allí, componen una realidad cultural formidable que hacen de España un país considerablemente más importante que el saldo de su producto porque –decía Unamuno– *la Patria es el idioma*. Y, en efecto, unos 450 millones de hispanohablantes convierten a nuestro idioma en la segunda lengua occidental (y a las disputas pueblerinas que tenemos en España sobre el asunto en un hecho irrelevante, además de bochornoso). Entre ellos, casi 40 millones son estadounidenses. Muy pronto, serán más numerosos que los propios españoles y tienen más de 30 mil \$ *per capita*.

El guarismo nos lleva al mapa económico y a la conclusión de que en esto, como en tantas cosas en el ámbito internacional, hemos regresado al siglo XVIII. Afortunadamente. Después de doscientos años, España vuelve a tener intereses económicos muy considerables en el continente americano: es el segundo inversor planetario, con cerca de 50 mil millones de dólares (más de 80 mil, si se incluye al Brasil) colocados en activos americanos. Mi amigo Jaime Terceiro, economista sabio y prudente, me indica que es una concentración de riesgo excesiva. Y quizá tenga razón. Pero, en todo caso, un hecho incontrovertible que hemos de asumir y defender. La cifra debe incrementarse de manera muy considerable sumando las inversiones españolas en los EE.UU. y las americanas en España. Estas últimas alcanzan, otra vez, casi medio centenar de miles de millones de dólares de inversión directa norteamericana (países de habla española excluidos) –de hecho, un rubro aún mayor, si tenemos en cuenta que muchas multinacionales americanas operan en España arropadas bajo pabellón de países de la Unión Europea. En total, unos 230.000 puestos de trabajo de-

### Cuadernos de pensamiento político

penden de inversiones bajo bandera americana directa. Tiene, pues, razón la Cámara Americana de Comercio en España: *el antiamericanismo es un mal negocio*. Pero al Presidente del Gobierno no parece importarle mucho. El Sr. Zapatero, que es parlamentario ágil, ha hecho las delicias de su audiencia, ironizando sobre la «obsesión» del Partido Popular en relación al Presidente Bush. A los contribuyentes –no digamos a los empleados en empresas americanas– el chascarrillo nos hace una gracia muy ajustada. La «obsesión», o no, de los populares en el tema nos inquieta mucho menos, puesto que están en la oposición. Nos tranquilizaría bastante, sin embargo, ver al Gobierno, en efecto, obsesionado por sacarnos del mal asunto en que nos ha metido. La realidad es implacable y vengativa. Por eso, me temo que la broma nos salga cara: cara en los organismos internacionales, cara en el reflujo de inversiones extranjeras, cara –y no por difícil de contabilizar es menos importante– en imagen como país.

En todo caso, el negocio americano tiene una dimensión –y unos condicionantes– continentales. Es preciso que tengamos clara esta dimensión. Sobre todo que lo tenga claro la izquierda española y arrumbe en el desván de las ideas extraviadas la literatura «foquista» y «dependentista». Hemos de comprender que, tras la firma del TLC en 1994 por un México gobernado por el PRI (el partido de Cárdenas y de la nacionalización del petróleo, el partido que más retórica antiyanqui ha producido en el Hemisferio Occidental), el pleito está zanjado. Los mexicanos, muy sensatamente, han pensado en inglés: *if you can't beat them join them*, han debido decirse a sí mismos, y se han pasado al «enemigo». Así pues, República Mexicana *locuta, causa finita est*. O debería estarlo para nosotros. Y, desde ese punto y hora, el discurso antiamericano emite falsetes que suenan a hueco. La división del continente entre imperialistas yanquis y sus víctimas iberoamericanas es agua pasada –suponiendo incluso que generalización tan gruesa haya tenido sentido alguna vez. El mercado panamericano es hoy una realidad en movimiento. Y, por si había dudas, la posición favorable del gobierno socialista chileno se ha encargado de despejarlas. Inútil subrayar que el lugar que ocupan los EE.UU. en ese mercado continental es crucial. Siempre lo ha sido. Pero ahora se añade un elemento político decisivo. Cualquiera que lleve años viajando con alguna atención por esas latitudes y haya trabajado o residido por algún tiempo en esos países sabe que, al resentimiento y la envidia ocasionales, sigue casi

### **Cuadernos de pensamiento político**

siempre una admiración desbordante por el modelo americano, un deseo de emulación y una conciencia absoluta de que los EE.UU. son su socio mayor. En los países iberoamericanos nuestra anterior e intensa relación con Washington, fuera ya de un discurso anti-imperialista marginal, ha producido respeto y despertado el interés que suscita el interlocutor privilegiado. De ese viaje por Washington –hoy interrumpido– nuestra relación con los grandes países latinoamericanos salió mucho más fortalecida que deteriorada. Más allá del color político, basta con preguntarle a cualquier embajador español que haya tenido un destino iberoamericano en estos últimos años. Tomemos buena nota, pues, y seamos conscientes de que el acercamiento a Chávez y a Castro y las deplorables soflamas antiamericanas, de moda hoy en España, tendrán el eco del aplauso populista latinoamericano pero ni generarán su respeto ni servirán a nuestros intereses.

Con ser muy importante, el mapa económico no lo es todo. La vida es antes que la comida, y en el mapa geoestratégico nos va nada menos que nuestra propia existencia, *tout court*. Ahí se rifa la suerte de la Península y sus Islas, cualquiera que sea la organización territorial del espacio. Los portugueses lo han comprendido admirablemente y nunca se han permitido despistes o querellas cainitas en su relación con las potencias atlánticas, primero con Inglaterra y ahora con los EE.UU. Al respecto, basta un botón de muestra: las declaraciones del dirigente socialista luso, José Sócrates (que sí habla con Bush), contrarias a retirar los efectivos de ayuda humanitaria que nuestro vecino tiene desplegados en Irak. Al parecer –y a diferencia de sus correligionarios españoles– el dirigente socialista luso no se siente con fuerzas –ni probablemente ganas– de cambiar la cartografía universal. Porque, en definitiva, de eso se trata. En algún lugar dejó escrito Adam Smith que *la única ley de la historia es la de la geografía*, a la cual llamaba Napoleón *la política de los Estados*. Nunca más cierto que en nuestro caso. La trascendencia que para los países ibéricos tiene la defensa de –y comunicación con– el Atlántico medio y el confín occidental del Mediterráneo, en un eje que se prolonga desde Azores (sí, en efecto, las mismas Azores de la *afrentosa* foto) a Canarias, el Estrecho y Cartagena-Baleares, no necesita ser subrayada. Basta ojear un mapa, iluminado con tonelajes de abastecimiento, y recordar las reflexiones de algún documento imperial, desde el Testamento de la

### Cuadernos de pensamiento político

Reina Católica o la justificación de «la empresa de Orán» del Emperador, a los consejos y planes de Patiño (1732), en relación a Mazalquivir, Orán y Ceuta, y los proyectos de Ensenada.

El dato estratégico parte de un componente físico inalterable, pero está gobernado por variables técnicas cambiantes. La navegación aérea intercontinental ha subrayado la clave ibérica. Desde entonces, hay que mirar la Península como un inmenso portaaviones bi-oceánico y bi-continental entre el Atlántico y el Mediterráneo, entre Europa y África. El asunto se remonta a la II Guerra. Los planes alemanes e ingleses durante la contienda en relación al Estrecho y a las Islas ibéricas corroboran esta aseveración. Los americanos comprendieron pronto dichos condicionamientos estratégicos. Prueba de ello fue el establecimiento de bases en las Azores y la cautelosa actitud que adoptaron con el gobierno pro-alemán del General Franco con ocasión del desembarco aliado en Marruecos (1942). Los *Diarios* de Jordana, de un lado, y el propio Churchill en el Parlamento, de otro, dan testimonio de ello. Pero fue la Fuerza Aérea americana la primera en descubrir la Península y sus Islas como el necesario trampolín logístico americano en su paso a Oriente Medio (acuerdo Carlton Hayes-Lequerica de 2 de diciembre de 1944). El 19 de febrero de 1945, un intercambio secreto de cartas entre los dos gobiernos autorizaba al Mando del Transporte Aéreo americano a sobrevolar territorios de soberanía española. Por fin, con el bloqueo de Berlín y el golpe de Praga (1948) la Península, *llave estratégica* del Estrecho para posibles *operaciones en el Sur de Europa* (memorando Schuyler, 3 nov. 1948), quedaba acoplada dentro de una estrategia de contención como la americana de posguerra, en la cual el déficit de efectivos militares terrestres se equilibraba con un dispositivo aéreo-naval nuclear táctico. Precisamente, la situación, disposición de sus archipiélagos, extensión y complicada orografía peninsular daban el fondo geográfico –y le prestaban el tiempo necesario– a la propia noción de contención. La *vital* importancia estratégica que le otorgaban los funcionarios del Pentágono quedaba certificada por el proyecto *Drumbeat* (1947), un plan de contingencia militar, caso de que los soviéticos ocuparan la Península. Franco supo aprovechar –para sí mismo, que era su propósito, y, a la postre, para todos, que fue el resultado– el flotador internacional que le prestaba su posición estratégica.

### *Cuadernos de pensamiento político*

Los socialistas, que señalaron en su día con buen juicio a sus rivales del PP lo inapropiado de andar a voces con alemanes y franceses cuando un 23% de nuestro PIB en la última década procedía de Fondos Estructurales, debían aplicarse el cuento y recordar que los EE.UU. han contribuido a la defensa europea con el equivalente al 2% del PIB *continental* durante... ¡sesenta años! Simplemente, una cantidad astronómica. Cualquier alternativa de defensa unilateral, fuera del paraguas americano, conllevaría, con toda probabilidad, costes penosos de abordar y opciones militares difíciles de negociar, políticamente hablando. No hace falta ser zahorí para predecir que los mismos que hoy nutren el difuso, pero popular, frente político antiamericano serían los primeros en poner el grito en el cielo ante dichas alternativas. Un escenario quizá aplicable por extensión al resto de Europa Occidental que, como España, está inserta en –y se aprovecha de– el imperio informal americano. Y que, al carecer de una política exterior y de defensa común creíble, lo hace como «socio menor» –por más que determinados países europeos tengan ciertos problemas psicológicos de adaptación al papel que la realidad de su modestia actual les asigna. Por fin, la importancia estratégica del anclaje atlántico ha venido a ser reforzada, en lo que atañe a los intereses españoles, por la decisión de los EE.UU. de considerar y combatir al terrorismo como amenaza global de las democracias occidentales, siendo particularmente sensibles ante cualquier acción que ponga en riesgo la estabilidad del Estrecho.

Un tema, el del Estrecho, delicado si los hay. Apaciguado desde el desembarco de Alhucemas en 1925, atravesó milagrosamente incólume las tormentas de la II Guerra, incluso las que pasaron por sus aguas, como la operación *Torch*. La base de Rota reforzó de forma muy significativa nuestra seguridad en ese punto tan expuesto. Y el convertirla en centro logístico de la VI Flota, como estaba acordado antes del estropicio antiamericano, hubiera despejado nuestro horizonte de seguridad en el área y en la región decisiva y quizá definitivamente. El costo de oportunidad dilapidado al respecto por el gobierno actual va mucho más allá de los puestos de trabajo que la operación hubiera creado. Afecta a nuestra seguridad. Un rubro muy caro pero que no tiene precio porque es irremplazable. En una palabra, ha sido desafortunado andar a mandobles, en un juego político



### *Cuadernos de pensamiento político*

de corto aliento, contra una realidad –nuestros intereses vitales en el vínculo atlántico– que terminará, en todo caso, por imponerse, si bien a costa de correr un riesgo inabordable o pagar un peaje innecesario.

### **¿QUÉ EUROPA: ATLANTISTA Y LIBRE O ESTEPARIA Y CERRADA?**

La insistencia izquierdista en contraponer europeísmo socialista frente al atlantismo popular se trata de un malabarismo electoral, exitoso pero incierto. Convendría que nos acostumbráramos a juzgar las cosas por sus resultados. Y, desde esa perspectiva, no deja de ser una pirueta intelectual complicada sostener que el partido que metió a España en el Euro o promovió la Euro-orden es, al tiempo, adalid del euro-escepticismo. Por otra parte, en España, desde que Costa inventó hace cosa de un siglo esa falacia entre africanismo (de los gobiernos) y europeísmo (de la nación), todos o casi todos somos europeístas. Es un problema de autoestima para la inmensa mayoría. Quizá, una autovacuna contra nuestro complejo de inferioridad. En su día, para bastantes, puede que resultara un arma dialéctica conveniente frente a una dictadura que no podía cumplir los requisitos democráticos del Tratado de Roma. Bueno o malo, el hecho es que aquí no hay una opinión euro-escéptica digna de mención, salvo la que conforman los socios del gobierno, partidos de obediencia nacionalista y estrategia secesionista que temen –con razón desde la actual legislación europea– que la independencia de España implique también la de la Unión Europea. Además, nos ha ido bien con ese señuelo europeo de progreso. *Europa* ha sido, en efecto, *la solución* de algunas cosas, la coartada para reformas impopulares, pero convenientes, y hasta el freno del desvarío y despropósito nacional, sobre todo, del nacionalista. Es, por otra parte, pueril entender que Inglaterra, Irlanda, Portugal o Italia son menos «europeas» que Alemania, Francia o Bélgica.

Sin embargo, la orientación que tome este *artefacto* en construcción –si se me permite la cita familiar– que hoy llamamos Unión Europea es un debate abierto que merece una consideración. Hay, en efecto, una versión de la Unión que proyecta cimentar su construcción en contraposición a los EE.UU. Quizá fuera oportuno que alguno de los muchos socialistas con experiencia internacional le explica-

### *Cuadernos de pensamiento político*

ra al Sr. Zapatero algunas realidades elementales –por más que ausentes, al parecer, de las cátedras de derecho Constitucional de la Universidad de León: como, por ejemplo, el hecho de que sin la Carta Atlántica, impuesta por Roosevelt en 1941, no hubiera habido desarme arancelario europeo –ni, por ende, el Mercado hubiera sido Común– ni, sin el plan Marshall, reconstrucción ni, sin la presencia de las tropas americanas desde 1945, seguridad frente a la URSS ni tranquilidad para que Europa Occidental se uniera a Alemania, en lugar de defenderse de ella. En cualquier caso, un proyecto con ese propósito y talante antiamericano –fuera ya del juicio que merezca– tiene pocas probabilidades de éxito. Además –y por las razones más arriba expuestas– a nosotros, ibéricos, irlandeses, británicos u holandeses no nos interesa. Y hoy día –tras su experiencia soviética– nuestros nuevos socios de los países del Este tampoco lo quieren. Con todo, es bien cierto que hay una tradición europeísta esteparia y continentalista, en lugar de marítima, estatista y proteccionista, en lugar de comercial y librecambista. Una Europa, en suma, conservadora –en el sentido más real y concreto del adjetivo, latitudes políticas aparte– porque sobre-prima seguridad a costa de libertad y oportunidad. Sería, en suma, una Europa construida desde el punto de vista de productores blindados, en lugar de consumidores liberados. Esa Europa, en efecto, ha mirado siempre con envidia, recelo y antipatía a los EE.UU. Es la Europa bonapartista o gaullista, bismarckiana o hitleriana (salvando, claro, las enormes distancias y diferencias entre todas esas versiones –dicha sea esta matización con la esperanza de evitar descalificaciones ligeras).

Esa Europa no es la nuestra. Habría muchos argumentos razonables para cimentar esta aseveración. Pero hay uno contundente: esa Europa no es la nuestra, simplemente porque no nos conviene. En su viaje copernicano multiseccular, el centro geo-económico planetario parece estar desplazándose hacia el Pacífico, un lago español durante siglos hasta que los viajes del Capitán Cook le pusieron acento inglés, a fines ya del setecientos. Desde que Balboa descubriera en 1513 aquel Océano inmenso, nuestro peregrinar hacia Oriente ha seguido la ruta magallánica en lugar de la de Marco Polo. Nuestro mito –como luego el de los americanos– camina hacia el Oeste. Nuestro transporte no son las caravanas de Alepo y Palmira. Es la *Nao de China*.

### *Cuadernos de pensamiento político*

Nos será más fácil y más productivo –aunque sea más largo– entrar en esas aguas a través de América, con América y hacia América. Vistas las cosas con perspectiva de Estado, recordando un pasado ya remoto –pero que hoy afortunadamente parece regresar, aunque ni nos enteremos ni lo aprovechemos– cuando en España todavía se hacía gran política, el dilema sobre qué Europa nos interesa a los españoles ofrece pocas dudas. Y pocas tendrían aquellas gentes de otros siglos –de otro porte y educación (Patiño hablaba cuatro idiomas, pero todos hablaban francés y muchos italiano), otras cabezas también. Esquilache o Patiño, Ensenada o Floridablanca, Campomanes o Jovellanos, hubieran traducido nuestra entrada en la Unión en 1985 como el fin de la pesadilla que engrilletaba la política española y la arrinconaba en el Mediterráneo desde la guerra de Sucesión. Lo hubieran interpretado como la ruptura de la maldición de Utrecht y Rastatt (1713-1714) y *el regreso a Bruselas*: la salida a mar abierto, la vuelta, en suma, a la gran política atlántica europea. Hasta la entronización de Rota como base central en el control del Estrecho, relegando Gibraltar a un puesto de quincallería audiovisual estratégicamente irrelevante (por eso, quizá en este punto el gobierno acierte), hubiera tenido para un Gálvez, por ejemplo, el regusto de una victoria. Una victoria ilustrada, del sentido logístico, de la gran maniobra que produce resultados sin dilapidar violencia (sobre todo lo hubiera tenido para aquel militar en el delta del Mississippi, que con tanta habilidad supo maniobrar sus tropas en el norte del Virreinato, entre Florida y Luisiana, logrando distraer fuerzas considerables y vitales de los británicos en combate contra los revolucionarios americanos).

Sea como quiera –y dejando a un lado el caso de España, que es un país de éxito y crecimiento recientes, pero que no es Alemania ni Francia– es hartamente dudoso que esa Europa-fortaleza anti-americana prospere, incluso entre quienes parecen hacer hoy muecas en ese sentido. Porque esta segunda unidad alemana no es la del Canciller de Hierro. No se ha hecho de Este a Oeste, sino al revés. No es prusiana. Es renana y hanseática. En una palabra, es atlantista y pro-americana. Y tienen razón nuestros socialistas: no se puede hacer política internacional en contra de la opinión. Por eso, antes o después, esta Alemania, la Alemania del comercio y del desarrollo, de la libertad y la democracia, volverá por sus fueros y se aproximará a los EE.UU.

### *Cuadernos de pensamiento político*

## **UNA ALIANZA NO ES UN CHEQUE EN BLANCO**

El reconocer que con América compartimos valores e intereses es un ejercicio de realismo y una prueba de sentido común. No es un cheque en blanco. Tiene razón el actual Presidente del Gobierno. Discrepar de los americanos –en aquello perjudicial para nuestros intereses– no es necesariamente inamistoso. Sobre todo si, dichos intereses se identifican con objetividad, se articulan con claridad, se defienden con firmeza y se expresan desde el consenso con mesura y discreción. Sin olvidar, por ejemplo, que hemos dejado en manos americanas aspectos vitales de nuestra seguridad y que, encima, nos la pagan. Son inamistosas, empero, las ofensas gratuitas a sus símbolos. Suprimir la bandera americana en el desfile del 12 de Octubre, tras la retirada de Irak, es además inoportuno. Y hacerlo pretextando que, en aquella ocasión, se quería conmemorar el sexagésimo aniversario de la liberación de Francia y de París, convierte lo inoportuno en grotesco o macabro –si se recuerdan los cuarenta y tantos mil caídos americanos en aquella gesta– e indocumentado, si se olvida que la división Leclerc se vestía con uniformes americanos, estaba equipada con armas americanas, se desplazaba en vehículos americanos que se movían con gasolina americana, incluidos los *half-tracks* de los republicanos españoles (cuya presencia en ese desfile de despropósitos malamente puede equilibrarse con la de excombatientes de la 250 división de la Wehrmacht, o «División Azul», sin provocar la irritación de cualquier ruso, rojo o blanco, incapaces de olvidar que los divisionarios utilizaron el salón de baile de Catalina la Grande en Peterhof para cuadra de sus caballos). Tampoco es ejemplo de mesura realizar declaraciones públicas en países del Magreb con la brisa del sondeo de opinión pero en contra de los intereses americanos en la región. Y en contra también de los nuestros. Máxime cuando son los EE.UU. quienes nos garantizan la defensa y estabilidad de esa ribera del Mediterráneo, como quedó palmariamente demostrado cuando el gobierno marroquí quiso traficar votos en el Consejo de Seguridad con que apoyar sus ambiciones coloniales en el Sahara, por una amenaza de militarización en el Estrecho, por más que simbólica, y fue el Sr. Powell –que no el de Villepin– quien nos ayudó a arreglar el entuerto. Lo hizo porque le interesaba, naturalmente.

### Cuadernos de pensamiento político

Por el contrario, no tiene por qué considerarse inamistoso pedir al gobierno americano más inteligencia y menor obsesión demoscópica en el tema cubano. A mi juicio, nuestro Ministerio tiene bastante razón en ese pleito. El asedio suele fortalecer a las dictaduras porque alimenta sus recursos nacionalistas. Nosotros lo sabemos bien. La retirada de embajadores produjo la concentración masiva de la Plaza de Oriente (1946), en lugar del debilitamiento de Franco. Otra cosa, claro, es dejar de ayudar a la oposición cubana en su lucha contra la peor y más larga dictadura de América Latina, una tiranía totalitaria que, además, ha convertido un país que contabilizaba la tercera renta *per capita* de América antes de llegar el redentor con su machete, en un erial que ha caído por debajo de la República Dominicana. Debemos mitigar padecimientos, presionando al sátrapa caribeño con determinación pero discreción. Tenemos –sobre todo, tiene que hacerlo un partido de izquierdas con militantes que han sufrido el franquismo– que guardar las formas y la decencia. Y referirse a un psicópata gesticulante como *un personaje fascinante* es pura pornografía política.

Tampoco es inamistoso sugerir al gobierno americano que tome algunas lecciones de su propia experiencia y reflexione en el futuro antes de concertar alianzas con gentes de indeseable condición, no sea que estos, como en Afganistán, cambien de alianza pero mantengan la condición, un factor que raramente varía. Debemos también rogarles quizá menor presión e insistencia en el espinoso tema de la adhesión de Turquía a la Unión y mayor diligencia, en cambio, en la solución del trágico y explosivo problema palestino. El Oriente se llama Próximo porque está cerca de Europa que no de América. Cerca, para que nos afecte singularmente el avispero palestino –sobre todo, si se le aplica el coeficiente multiplicador del problema que supone la población musulmana inmigrante en la Unión. Próximo también para que los americanos comprendan que una cosa es procurar alejar de sus costas los frentes más candentes (una política que viene desde los tiempos de FDR) y otra muy distinta es que la forma de llevar a cabo tan comprensible deseo consista en exportarlo al patio trasero del vecino, convirtiéndolo en *imán del terrorismo* –como reconoce la propia prensa americana. No obstante, como vecinos que somos del mundo árabe, los europeos compartimos, en efecto, un mar entre dos tierras, de modo tal que, en lugar de celebrar las dificultades de los EE.UU. en Irak jaleados por la TVE oficial, deberíamos ser capaces de entender algo tan elemental

### *Cuadernos de pensamiento político*

como el hecho de que si a los americanos les va mal en la región, a nosotros nos irá peor. De ese Oriente, amén de sernos más Próximo que a los americanos, somos por añadidura mucho más dependientes que ellos en suministros de petróleo. Así pues, por toda suerte de razones, debería haber sido la Unión Europea, que no la Americana, el primer y principal agente de intervención en nuestro Oriente Cercano. No hacer nada –nada decisivo, se entiende– y luego lamentar que unos (los sirios, por ejemplo) intervengan de forma agresiva, hostil a nuestra seguridad e intereses, y otros, aunque sean amigos y aliados, lo hagan a su gusto e interés, que no al nuestro, carece de seriedad y credibilidad.

En términos generales, y sin necesidad de mucho sermón socialista, podemos concordar que a los europeos nos interesa un sistema de defensa y decisiones multilaterales –máxime cuando hemos carecido de voluntad o capacidad para imponer nuestra propia «lateralidad». Por cierto, que otra de las cosas que agradeceríamos alguien le explicara al Sr. Zapatero –aunque sólo fuera para evitarnos algunos sofocos a quienes pasamos buena parte de nuestra vida fuera de España– es el hecho de que el multilateralismo (incluida la ONU) no es un invento europeo. Es un artificio americano, heredero de una arraigada tradición internacionalista wilsoniana, contraria precisamente a la tradicional política europea –tradicional desde Westfalia– del equilibrio de poderes. Pero aquel invento de la Administración Roosevelt-Truman fue también el producto de imperativos estratégicos acuciantes y la respuesta americana a las angustiosas solicitudes de ayuda de los gobiernos europeos –muy singularmente el del General De Gaulle– ante el totalitarismo soviético. Desear la reproducción del multilateralismo, junto al paquete de amenazas totalitarias que lo hicieron imprescindible, no es menos razonable que esperar su perpetuación en un contexto de creciente desequilibrio militar entre los Estados Unidos y la Unión Europea. Un contexto en el que los países europeos ni siquiera han sido capaces de garantizar la seguridad de su propio continente, como ha quedado patéticamente demostrado en las crisis de la antigua Yugoslavia.

### **Y CUÁNTO CON FRANCIA**

A Francia nos une una larga historia. Tan larga como la frontera que antes nos separaba y ahora nos comunica (aunque no tanto como

### Cuadernos de pensamiento político

nosotros –y los portugueses, por cierto– deseáramos, en la medida que el déficit francés de comunicaciones hacia el sur empieza a ser escandaloso). Se trata de una de las fronteras más estables de Europa. Casi calcada del *limes* romano y que ahora algunos quieren rediseñar. Ha sido una historia fascinante y enriquecedora para ambos países. Sin Francia no puede entenderse la historia de España, sobre todo la de los últimos dos siglos y medio. Y tampoco es fácil comprender la Francia del *grand siècle* sin el componente español, como ha demostrado Jean-Frédéric Schaub en un libro reciente y excelente. Como no podía ser menos, ha sido también una historia conflictiva desde que, a fines del XV, la Monarquía Hispana heredó del reino catalano-aragonés la política de rivalidad con el vecino país.

Desgraciadamente, el nacionalismo español contemporáneo se forjó en una rebelión popular –y una sublevación militar– contra la presencia en la Península de tropas napoleónicas (que requisaban, en lugar de pagar sus vituallas, como observó sagazmente Chateaubriand) en apoyo del gobierno, legal, del rey José –un francés vacilante pero inteligente, honesto, abstemio y mucho mejor persona que «el Deseado», un español muy flamenco pero uno de los seres más abyectos que ha producido la ilustre dinastía. Como suele ocurrir con los de su género, los nacionalistas españoles destrozaron el país que aseguraban querer liberar. La guerra de Independencia fue, pues, *un hecho glorioso pero fatal*. Y hay que tener la presencia de ánimo de D. Antonio Cánovas para escribir esas palabras en pleno siglo de fanfarria nacionalista, y su inteligencia para comprender que aquella victoria revolucionaria se saldó con un desastre que mutilaría España durante más de un siglo. Destrozó la infraestructura y arruinó la economía. Pero, sobre todo, eliminó *toda tradición ordenada de poder y obediencia en el seno de la sociedad española* –como supo apuntar con perspicacia un gran historiador catalán– sustituyendo una cultura de legalidad por hábitos delictivos de rebelión y «cabecillismo», que dijo primero Costa y luego Maura, introduciéndonos en una economía de la violencia que nos relegó a un paisaje de toreros, bandoleros, contrabandistas, guerrilleros y demás matarifes. Eso sí, muy romántico. Pero para *la haute*. Para un buen burgués como el que suscribe, el único personaje tranquilizador del bestiario romántico español era el barbero. Costó casi setenta años enmarcar la discusión dentro del

### *Cuadernos de pensamiento político*

Código Civil, en lugar de la ordenanza militar o el «grito» insurreccional. El resto del XIX y buena parte del XX, se consumió importando ingeniería política francesa: intentando imponer, primero, y estabilizar, después, el liberalismo con una versión mejorada, más flexible y tolerante, del II Imperio napoleónico, para terminar descalabrándose, en el novecientos treinta, ensayando una imitación radicalizada y apresurada de la democracia de la III República, pero sin sociedad francesa ni Liceo Francés.

Hoy todo ha cambiado. España es un país democrático, desarrollado, dinámico y en rápido crecimiento. Las distancias se han acortado. Y lo siguen haciendo a ojos vistas. Los franceses, que nos expulsaron de la Europa atlántica hace casi tres siglos, nos han ayudado a volver a Bruselas y reemprender nuestro destino histórico. Nos unen multitud de intereses comunes con nuestros vecinos. Francia es nuestro primer cliente y nosotros somos uno de sus proveedores más importantes. Nos une, sobre todo, lo más importante: la construcción de una identidad común en un proyecto europeo sustentado en valores compartidos, la misma moneda y, tras serios desencuentros, una política de seguridad común frente al terrorismo. Los intereses, pues, son comunes. Compartimos también algunos objetivos fundamentales, además del principal que es la construcción europea. Para nosotros resulta vital –en el sentido más trágico y literal del término– el desarrollo y modernización, la democratización y secularización de las sociedades del norte de África. Debemos ser capaces de convertir el Estrecho en una vía de paso (libre, aunque controlado por los americanos, que lo van a hacer de todas maneras y que lo harán con nosotros, si tenemos un poco de sentido común), en lugar de una barrera anti-pateras. Y en Francia conocen el tema, quizá como nadie en Europa. Tienen tanto interés invertido como nosotros en el éxito de Marruecos, a veces puede que un poquito excesivo y no siempre respetuoso con nuestros intereses –como ha venido a reconocer recientemente el propio Presidente Chirac.

Dicho esto, debemos reconocer que, en ciertas áreas, nuestros objetivos son distintos. Francia todavía tiene una economía considerablemente mayor que la de España. Casi tan grande como la del Estado de ... California. Francia es una cultura universal, de una significación e influencia internacional indiscutibles. Es además una po-



*Cuadernos de pensamiento político*

tencia nuclear con un pasado hegemónico reciente que busca preservar en alguna medida, acomodándolo y promocionándolo, a veces disfrazándolo, dentro de una política multilateral. Nuestro caso es distinto. Somos crecientemente importantes. Pero, más modestos que nuestros vecinos, no estamos en jugadas de anhelo hegemónico ni debemos dejarnos arrastrar por ellas. No es nuestra política ni nuestro objetivo. En la construcción y profundización de la Unión Europea deberíamos «marchar», como se decía en el XIX, con Alemania y Francia –como, por otra parte, han hecho todos los gobiernos desde el Presidente González. Pero, en el mantenimiento y consolidación del vínculo atlántico, deberíamos seguir el discreto e inteligente ejemplo de nuestros vecinos portugueses, en la medida que nuestros intereses se alinean más bien con el Reino Unido –*ma non troppo*– e Italia, entre otros. En cuanto al diseño del modelo económico europeo, nuestro éxito y crecimiento siempre –desde nuestra revolución Gloriosa de 1868– ha estado asociado a la apertura y la flexibilidad. La España contemporánea es uno de los ejemplos más conmovedores de la noción kantiana de la indivisibilidad de la libertad: proteccionismo y autarquía han sido entre nosotros sinónimo de hambre y tiranía; librecambismo e inversiones extranjeras, de crecimiento, libertad y democracia.

Juzguemos las cosas por sus resultados. *La matemática* –nos enseña el italiano– *non è una opinione*. Y ahí están las cifras de nuestro desarrollo desde las aperturas de 1959 y 1985 para demostrarlo. Escuchemos en este punto a holandeses e irlandeses, que coinciden con los británicos en el modelo económico, pero piensan que Unión y librecambio, por dentro y hacia fuera, son perfectamente complementarios. Fuerte no es igual a fortaleza amurallada. Fuertes son las economías libres y competitivas. Construyamos, pues, la economía europea desde el punto de vista de los consumidores, que es la única economía democrática porque consumidores somos todos. Quizá los franceses puedan permitirse –veremos por cuánto tiempo– las alegrías de la subvención, trabajar cada vez menos horas, el impuesto regresivo del déficit (para Bruselas y Frankfurt hay algunos más iguales que otros) y otros errores de concepción. Nosotros, que venimos de orígenes más modestos y recordamos lo que es la pobreza, no. Y, por la misma regla de tres, escuchemos con atención a nuestros nuevos

### *Cuadernos de pensamiento político*

socios del Este en asuntos de seguridad y libertad, que saben muy bien lo que es ser invadidos y vivir esclavizados. La libertad y la democracia hay que defenderlas con la vida si es preciso. Y no es retórica. Es un viejo concepto estoico y ciceroniano que está en los orígenes de la democracia clásica. Por algo en Roma la *comitia curiata* coincidía con la *comitia centuriata*. Con la vida, la libertad y la democracia, bromas las precisas: en temas de seguridad –sobre todo, de seguridad y control del Estrecho– marchemos directamente con los americanos, al menos por ahora.

Somos un país de éxito indudable y con una excelente imagen fuera. Pesamos y contamos mucho más de lo que nosotros mismos nos creemos, mucho más que los países europeos que vienen detrás de nosotros y que son todos menos los cuatro grandes. Pero no somos Alemania, Francia o Inglaterra. Nuestro papel es –puede ser, si jugamos bien nuestras bazas– de una importancia creciente pero más discreto que el de nuestros socios mayores. Francia (y Alemania hasta que retome su habitual sendero pro-americano) puede permitirse el error de irritar a los americanos, en una política de diseño y ambiciones hegemónicas. Pagará su precio. Ya lo está pagando. Pero será un precio abordable porque los americanos *no pueden permitirse el lujo de dejar de hablar con ellos* (Colin Powell). Pero con nosotros sí pueden permitírselo. Ya se lo están permitiendo: nos han tenido meses sometidos a cuarentena de embajador y tampoco viajan a España. Por eso, nosotros no podemos permitirnos esas alegrías. Además no nos conviene. Es contrario a nuestros intereses atlánticos. Y no estamos en este mundo para hacer de «mozo de azotes» de los franceses, importunando a los americanos a ritmo de sondeo, mientras nuestros vecinos se apresuran a rectificar su *gaffe*. No sea que nos quedemos sólo con la sonrisa, pero con la sonrisa del simple. Lo nuestro no es andar corriendo tras el Sr. De Villepin, o de su sucesor en el Quai D’Orsay –por bien que se exprese en castellano y aunque lo haga mejor que la ministra española que le tocó en suerte– reclutando votos contra los EE.UU. en Naciones Unidas. Lo nuestro es mediar ante los americanos –como se hizo y con gran éxito, por cierto– para que sean indulgentes con el voto contrario del mismo gobierno socialista chileno que quiere desesperadamente acceder al mercado americano a través del TLC. Eso sí que cumple nuestro destino y sirve a nuestros intereses.

### Cuadernos de pensamiento político

En una palabra más general, se comprende que algunos de nuestros compatriotas europeos, que salen de un pasado hegemónico reciente, tengan ciertos problemas psicológicos de adaptación al discreto papel que la relativa modestia de una realidad surgida de dos hecatombes fraticidas nos ha reservado a todos. Debemos también tener paciencia e indulgencia ante los intentos de recrear un pasado glorioso por medio del uso extensivo, abusivo en ocasiones, de la palabra Europa, en un conmovedor ejercicio para promocionar los intereses propios sin integrar los de los demás. Pero, aquellos que venimos de orígenes históricos recientes más modestos, y quizá por ello seamos más realistas, hemos de resistirnos a sumarnos al coro de los enanos de la venta. Allá por los años ochenta del siglo antepasado, D. Antonio Cánovas, un tanto impaciente con quienes entonces se llenaban la boca exigiéndole los oficios diplomáticos de su gobierno para que España fuera declarada «gran potencia», espetó: *para ser reconocidos como gran potencia, no hace falta declaración alguna; basta con serlo*. Pues bien, si de verdad los europeos queremos jugar en serio otra vez a la política planetaria y recobrar una relación multilateral que tanto nos conviene, pero evitando resucitar el fantasma totalitario que la hizo imprescindible en 1948, en lugar de voces y gestos desafiantes que agujereen un paraguas americano de seguridad para el cual carecemos hoy por hoy de alternativa, tendremos que diseñar una política internacional coherente que integre los principales intereses europeos, y no sólo los de unos pocos, y habremos de disminuir el creciente abismo económico, científico, tecnológico y militar que nos separa de los EE.UU.

#### **DEL ERROR DE PLEBISCITAR A NUESTRO ASESINO Y DE LA NATURALEZA DEL TERROR**

Mientras, ejercitemos la humildad que nos recomienda el Presidente del Gobierno. De su consejo nos importa menos el déficit de sinceridad que las rentas de sensatez. Y debemos todos aceptar de buen talante que el entendimiento de lo que nos ha ocurrido, la comprensión del fenómeno que nos amenaza es central para reforzar nuestra seguridad. No hace falta solicitar el carnet del PSOE para asentir a verdad tan elemental como la expresada por el Sr. Zapatero. Yo mis-

### *Cuadernos de pensamiento político*

mo lo escribí pocas semanas después del terrible atentado de Madrid: la pesquisa policial o la sanción judicial son imprescindibles, pero no es lo mismo que la comprensión intelectual de un fenómeno, por más que ayuden a ello. Mucho menos aún la verdad electoral: un guarismo que traduce la legitimidad de representación en una realidad de poder no es, en modo alguno, un análisis de la realidad que nos amenaza. En la cuenta de los sociólogos y electoreros de *ambos* partidos, aprendices de brujo de nuestro tiempo, debe imputarse el desaguisado analítico cometido. La astucia no es lo mismo que la inteligencia. Y manejar a golpe de sondeo una tragedia como la que nos ha herido y amenaza es, como mínimo, de una sensibilidad e inteligencia menor que medianas. Por eso escribí en tiempo real lo que hoy proclaman los representantes de las víctimas: que plebiscitar a nuestro asesino –ya fuera ETA o Al Qaeda– no era el camino más racional y objetivo para analizar lo ocurrido. El buscar un chivo expiatorio entre nosotros, tampoco. También dije en sazón que el «mea-culpismo» –como le llama André Glucksmann– es un exorcismo de nuestra cultura judeocristiana; si acaso, una terapia psicológica. Pero no es un paradigma de inteligencia. Cometer una injusticia (con el Sr. Aznar, en nuestro caso), ayudará a tranquilizar pero no a explicar ni a comprender la naturaleza del peligro que nos golpeó el 11 de marzo y continúa acechándonos hoy. Precisamente, la sed por encontrar culpables que alentaban algunos socialistas –así lo escribí entonces– obtendría el rédito popular que fuera pero al precio de escamotear responsables y esconder fallos clamorosos: explosivos sin vigilar ni inventariar, robos sin denunciar e islamistas sin seguimiento. Hechos estos últimos que son ciertos, aunque estén hoy en boca de los socialistas, y todos –incluidos los populares– haríamos bien en admitirlos, simplemente para corregirlos. Del mismo modo que todos sin excepción –también los socialistas– deberíamos abandonar la torcida insistencia en seguir explotando la cantera populista del problema iraquí al son de maraca tercermundista con partitura de un antiamericanismo visceral. No sirve a nuestros intereses y, desde luego, incumple el exhorto de comprensión del fenómeno que nos ha hecho el Presidente del Gobierno.

Lo peor de plebiscitar a Al-Qaeda como muñidor electoral de la izquierda es que, al hacerlo, se ha administrado a la opinión una so-

*Cuadernos de pensamiento político*

breddosis primaria, en forma de una proposición tan equivocada como letal: guerra de Irak = atentado de Madrid. Es la conclusión falsa a que una campaña de venganza personal ha conducido a buena parte de la opinión, precipitándola en una relación de causalidad falaz. Las bombas de Madrid tienen desde luego un propósito, pero no son la consecuencia la guerra de Irak ni tienen en ésta su causa. Los pretextos son varios pero las causas son otras y no son la misma cosa. El ataque a las Torres Gemelas se produjo antes –que no después– de la intervención en Irak, del mismo modo que los atentados de Bali, Luxor, Casablanca y Turquía se perpetraron contra países musulmanes que se habían opuesto a la guerra. La activa campaña del gobierno francés en contra de la intervención en Irak no les ha librado de la sentencia fundamentalista que pesa sobre el país vecino con pretexto del «velo», como han venido a demostrar varias intentonas terroristas frustradas. Como tampoco nos hubiera librado a nosotros un comportamiento internacional similar al de Francia, en la medida que somos «culpables» del genocidio cometido con Al-Andalus siglos atrás (Ben-Laden *dixit*). Nos lo ha explicado Gustavo de Arístegui con orden y detalle en un libro reciente. Los españoles somos peor que herejes. Fuimos musulmanes y, al dejar de serlo, hemos cometido apostasía, pecado horrendo que nos convierte en objetivo del terrorismo yihadista, con guerra o sin ella. La «Guerra Santa» del terrorismo panislamista «contra judíos y cruzados» fue, al parecer, promulgada en 1998, según nos cuentan los expertos en el tema. Todo ello, se nos antoja tan irreal y delirante desde la óptica de nuestras sociedades prósperas, libres, abiertas y tolerantes que casi provoca una sonrisa. Pero la broma se torna macabra cuando nos ciega el fagonazo de la explosión y olemos el siniestro hedor de la dinamita.

Debemos reconocer que nos enfrentamos a una realidad pavorosa y global que nos ha golpeado antes de Irak y nos sigue amenazando después, que hay países que financian y entrenan a los terroristas y otros sometidos a regímenes tiránicos y totalitarios que se han dotado de armamento atómico con capacidad balística o están a punto de hacerlo. Entre ellos, hay alguno, como el Irán de los Ayatolas, que tardará todavía bastantes años en desarrollar un ingenio capaz de llegar al continente americano, pero muy poco tiempo –conviene tener la honestidad de recordarlo, y la sensatez de admitirlo– en contar con

### **Cuadernos de pensamiento político**

un cohete al alcance del europeo. Resistamos, pues, dosis excesivas de tranquilizantes psicológicos en forma de traslación de culpa. Evitemos, de igual modo, la formulación de conclusiones simplistas precipitadas. Porque ambas –culpas y conclusiones simplistas– nos llevarán a decisiones erradas. Digamos la verdad, pero toda la verdad, y no confundamos las cosas. Afirmar que la intervención en Irak acrecentó el peligro porque proporcionó el pretexto, es una opinión. Hasta puede entenderse como una opinión razonable, o bien leerse en clave de economía electoral. En todo caso, no es un hecho y... ya nos lo enseñaron los primeros americanos –e inventores de la democracia moderna también– *las opiniones son libres pero los hechos son sagrados*. Es una deducción sólidamente fundamentada, en cambio, basada en evidencias directas que se apoyan en hechos contrastados, el afirmar que los atentados islamistas componen una larga cadena que se extiende antes y después del 11 de septiembre y del 11 de marzo. Es también un hecho demostrado que la tragedia de Madrid se planeó bastante *antes* de la intervención en Irak, que no *después*. Lo cual tampoco otorga patente de curso intelectual que autorice –más allá del negocio electoral, claro– a explotar yacimientos de opinión en sentido opuesto. De modo tal que considerar un error –o un acierto, tanto da– la intervención en Irak y reconocer que no existe relación de causalidad con los atentados es algo perfectamente compatible. Es además razonable. Porque el reconocerlo ayuda a comprender la verdadera naturaleza del fenómeno terrorista que nos amenaza. Conviene que lo que probablemente constituye el meollo de la opinión mayoritaria española al respecto salga de su error: no nos han «castigado» por habernos portado mal en Irak ni dejarán de hacerlo ahora que somos «buenos». De hecho, después, y a pesar, de habernos retirado de Irak han intentado volar la Audiencia Nacional. Y, aunque diga lo contrario para seguir aumentando su renta de sondeo, el gobierno actual debe estar convencido de ello y por eso está tomando sensata, certera y apresuradamente medidas concretas al respecto. Reconocer la realidad es un paso imprescindible para intentar corregirla. Nos protegeremos mejor si terminamos por entender que la variable fundamental no está en la causa sino en la oportunidad. La pregunta que se formulan los terroristas no es *por qué*, sino *cuándo*, *cómo* y *dónde* cometer su atentado.

### Cuadernos de pensamiento político

En general, estas políticas de la violencia o estrategias de «guerra barata» no son productos reactivos sino pro-activos. No son reacciones de resistencia sino acciones de revolución. Nos conviene utilizar la preposición adecuada para formular una proposición acertada: la amenaza no nos llega del *por* (qué) tanto como del *para* (qué). De esta suerte –y en contra del optimismo bienpensante– me temo que, desgraciadamente, estos fenómenos pocas veces son consecuencia de intransigencia ni resultante de carencias. Al respecto, parece prudente distinguir entre causas y pretextos o coartadas, no sea que de la legítima atención a las primeras se derive la frustración de comprobar que no resuelven fenómenos de violencia política que responden a resortes más prosaicos y prácticos. Siempre podremos, claro, incrementar la ceremonia de confusión ampliando el alcance del disparate y, con la inestimable ayuda de Günter Grass y del Canciller Schröder, concluir que la causa del terrorismo es el hambre en el mundo, con la tenue esperanza de que la ausencia de la primera de las plagas mencionadas en Burkina-Faso, o su persistencia en el País Vasco y su financiación –amén de activa participación– por parte de algunos millonarios saudíes, les haga a algunos pestañear en el argumento. Es un error común, con frecuencia derivado de la peculiar interpretación etnicista de la historia, rebuscar en la mito-genética del conflicto, en la errada presunción de que estos fenómenos de violencia responden siempre a legados de un pasado de opresión, pesadillas de un remoto y recurrente conflicto histórico, nacional, cultural o religioso. Muchas veces son opciones del presente. Estrategias de poder. De poder totalitario, se entiende, que se alimenta, pero no se sacia, de concesiones o sumisiones. La pregunta sobre el *porqué* en fenómenos multi-causales e infinitamente complejos es racional pero no siempre es razonable. Blanquí y Lenin, que sabían del asunto porque andaban en este negocio de la violencia política, pensaban que la cuestión pertinente es la de *pour quoi faire?* Estaban mucho más interesados en los propósitos y objetivos de la violencia que en investigar sus causas. Y del enemigo, el consejo: el objetivo último del fundamentalismo islámico es un poder teocrático que modele las sociedades musulmanas –al tiempo que destruye las occidentales– al estilo del Irán de Jomeini o el Afganistán de los talibanes; «la Patria lejana» del nacionalismo etnicista es la implantación de un poder totalitario

### *Cuadernos de pensamiento político*

que logre la limpieza étnica y coadyuve a la construcción de una sociedad nacional-socialista. Lo demás son montajes, pretextos y coartadas; como mucho, etapas.

La búsqueda de una coartada explicativa simple, que nos tranquilice y libere de retos desagradables –por más que inevitables, a la postre– es producto de la indecisión y antesala de la negociación. Y en ésta, los totalitarios violentos traducen por claudicaciones lo que nosotros declinamos como compromisos –una evidencia que populares y socialistas vascos han constatado con su propia sangre. Más que ahorrar, negociaciones y concesiones incrementan el sufrimiento, en la medida que estimulan la violencia remunerándola. Y, lo que es peor, la injertan como un virus en nuestro sistema, de modo tal que la violencia queda incorporada, como un dato letal pero funcional, en nuestra economía de la política. A partir de ese precedente, lo que ha servido para descerrarajar un problema de reparto de la soberanía, regatear apoyos a nuestros aliados o correr un «velo», pongamos por caso, este simio imitativo no resistirá la tentación de utilizarlo para imponer cualquier cambio a tiros en vez de a votos. Habremos dado la vuelta a nuestra civilización democrática como a un calcetín: en lugar de procesar problemas sin violencia, lo que habremos integrado en el sistema será precisamente la violencia que buscamos evitar. Nuestro natural anhelo de paz, nuestra saludable repugnancia por –y renuncia a– la violencia será la llave de yudo con la que los terroristas, pasando por la renuncia y la negociación, nos habrán llevado de la indecisión al enfrentamiento entre nosotros, destruyendo nuestros propios valores. Paralización e indecisión son quizá una consecuencia de la incredulidad que produce el sinsentido de la absurda desproporción del acto terrorista. El rechazo de la maldad, la natural repugnancia a enfrentarse con algo demasiado horrible para ser admitido, quizá –como escribiera pesaroso T. S. Elliot, precisamente días antes de estallar la II Guerra Mundial– porque *el género humano no es capaz de soportar una dosis excesiva de [su propia] realidad*. Ahí reside la esperanza del terrorismo. En ello se fundamenta su forma de abordar, por vía de la aproximación indirecta, un problema militar, de salida imposible para los terroristas. Si logran utilizar nuestros complejos de culpa, nuestra voracidad por explicaciones simplistas, nuestra tendencia a generalizar



### *Cuadernos de pensamiento político*

sobre agregados heterogéneos y a formular correlaciones poco fundamentadas, los terroristas habrán dado un paso estratégico gigantesco en el camino de sus propósitos: la destrucción de la sociedad occidental. Un camino que se pavimentará con la *confusión mental* (la cita es de Hitler pero está en contexto). La confusión *de –y sobre* el enemigo por una campaña de venganza personal que puede precipitarnos en una espiral cainita que nos haga perder en el enfrentamiento lo mucho, lo muchísimo logrado. Pero que además –y a mayor gravedad– oscurezca los problemas que tenemos y oculte los peligros ciertos que nos acechan.

Esa es una de las razones por la que traficar autodeterminaciones o secesiones, «velos» (en Francia) o intervenciones en Irak (de España) –que no son más que objetivos tácticos– no resuelven nada aunque lo agraven todo. Porque remunerar la violencia es estimularla, en lugar de desactivarla. Por eso, como nuestro objetivo estratégico es la derrota de un método –el de la violencia– llevando al enemigo del desaliento al desistimiento, debemos evitar cualquier gesto, cualquier interpretación que alimente la esperanza de que su macabro sistema paga dividendos. Y, con toda probabilidad, retirar la ayuda humanitaria de Irak (dejando en la estacada a unos aliados que, por lo general, los necesitamos nosotros a ellos más que al revés) ha tenido desgraciadamente, guste o no, esa lectura entre los terroristas –escasamente atentos a las protestas del actual Presidente del Gobierno, en el sentido de afirmar, con verdad, que dicha medida ya venía anunciada en el programa socialista mucho antes del atentado. Como ciudadano celebro que un político –me da lo mismo cuál– haya sido fiel a sus compromisos programáticos, pero hubiera respetado aún más al hombre de Estado que, con parecido temple al del Presidente González en el espinoso e impopular tema de nuestro ingreso en la OTAN, hubiera resistido el vaivén de las encuestas en esta coyuntura tan delicada. El actual gobierno tendrá que enfrentarse, antes o después, al hecho de haber alimentado una falacia intelectual que correlaciona intervención en Irak con atentados, confundiéndonos de paso en el análisis de la amenaza, y precipitándonos en una política internacional estrábica; esto es, diseñada también por razones de encuesta, que no de Estado. Empieza a ser ya evidente que la retirada de Irak al son de pandereta antiamericana ha disminuido apoyos sin reducir riesgos.

*Cuadernos de pensamiento político***LA POLÍTICA INTERNACIONAL ESPAÑOLA  
O LA HISTORIA DE UN DESINTERÉS**

La realidad internacional es desagradable y, como tal, casi siempre impopular. Lo es en casi todos los sitios y lo ha sido en casi todas las épocas. Pero en la España contemporánea quizá en un grado mayor que en otras latitudes. Hasta el presente, han sido pocos los españoles interesados o alerta del escenario internacional, fuera de los profesionales del tema. Quizá porque no hayan percibido la necesidad o el riesgo que el factor exterior lleva aparejado. Después de la invasión napoleónica, no hubo una amenaza extranjera digna de mención, salvo, claro está, la de los EE.UU. sobre Cuba. Una dolencia para la que ningún gobierno español encontró la medicina diplomática adecuada, en la medida que nada podíamos ofrecer a las potencias europeas de la época a cambio de la perspectiva de enfrentarse gratis a los americanos. Y cuando, en el primer tercio del XIX, nos lo ofrecieron los ingleses, rechazamos la cobertura de la Royal Navy frente al expansionismo americano (en el norte del Pacífico, que es lo que temían los británicos y, en el Caribe, que es lo que a nosotros nos amenazaba). Fue un disparate cocinado en el horno de la soberbia del hidalgo calderoniano. La guerra de África, mediado el ochocientos, novelada por Alarcón y pintada por Fortuny, fue popular porque éramos nosotros los agresores y resultamos ser los vencedores, como dan fe los leones del Congreso, fundidos con el bronce de los cañones arrebatados al enemigo. A diferencia de nuestros vecinos portugueses, los españoles se interesaron muy poco en el «reparto» de África y nuestra intervención en la Conferencia de Berlín (1884) fue desganada y marginal. Después del Desastre (1898), a pocos les quedaron ganas de batallas, salvo las de «la escuela y la despensa»; esto es, la llamada «regeneración» interior o modernización de España. Una larga batalla que hemos ganado un siglo después. La guerra del Rif, en el primer tercio del novecientos, fue más un producto de incompetencia militar que una epopeya digna de Kipling. Los gobiernos de la época –la de la Gran Guerra, no se olvide– nunca supieron socializar su necesidad ni el riesgo cierto que España corría en el Estrecho. Ni los graves incidentes en la región con algún crucero alemán (el «Panther») sacudieron una indiferencia alimentada por la ignorancia. En todo caso, la impopularidad del «impuesto de sangre» vino certificada por la Semana Trágica

### *Cuadernos de pensamiento político*

de Barcelona en 1909, la prolongación del avispero africano fue causa señalada en la liquidación del liberalismo español (1923) y el desembarco y victoria de Alhucemas (1925) –una operación militar de envergadura, por otra parte– más bien se celebró como el final de una pesadilla que con el entusiasmo de la victoria. España, pues, se reafirmó como un país, si no aislado –que nunca lo estuvo, ni siquiera en el franquismo– sí reticente, desconfiado y neutralista.

Quizá por todo ello –o, al menos, en relación con ello– los españoles de la edad contemporánea hemos demostrado –dicho sea parafraseando a D. Juan (L. M.<sup>a</sup> Anson)– ser bastante seguros en nuestros errores. Hemos querido siempre vivir de espaldas, mirar para otro lado y mantenernos alejados de una realidad internacional que se nos acercaba implacable. Doblada la centuria, los gobiernos liberales simpatizaron con los aliados en la Guerra del 14 pero mantuvieron a España fuera de la contienda. La II República continuó por la misma senda neutralista. Los gobiernos democráticos españoles rechazaron los avances del Foreign Office para incluir a España en la alianza occidental, en un intento de reequilibrar parcialmente la pérdida –y la amenaza– que suponía en el Mediterráneo la Italia Fascista. *¡Qué nos importa el Negus!*, fue el poco meditado exabrupto con que el Presidente Azaña despachó el intento de los aliados de reclutar a España contra la agresión de Mussolini en Abisinia. Importaba y mucho. El neutralismo terminó por pasarle a la República Española una cuenta letal pocos años después. España no se sumó a la alianza occidental. Siguió siendo un país neutralista. Y los agresores –que ya eran dos– pasaron a ser «apaciguados», en lugar de contenidos, que ni era ni es lo mismo.

Cuando la violencia se apoderó de nuestros campos y los tambaleantes y pusilánimes gobiernos de la República –o lo poco que de ella restaba, tras abrirle los arsenales al «pueblo», licenciar lo que de leal les quedaba del Ejército y disolver el cuerpo diplomático– quisieron comprar armas, no pudieron reclamarlas como aliados ni «vender» su guerra como una agresión al concierto occidental. Y cuando Azaña, señalándole al embajador francés las trincheras de la Casa de Campo, le quiso convencer de que ahí se estaba librando la primera batalla por la libertad de Europa, ya era tarde. No restaba sino la imagen épica y el gesto patético. La oportunidad diplomática había pasa-

### *Cuadernos de pensamiento político*

do antes, aunque se hubiera perdido entonces. A Azaña con Blum en 1936 le pasó lo mismo que a Paul Reynaud cuando en 1940 imploró la intervención de Roosevelt. Una arquitectura de seguridad no puede improvisarse. Cuando la impresión de riesgo y el temor llegan a las encuestas, ya es tarde.

En el mejor de los casos, los republicanos despertaban simpatía y lástima. Pero no tanta como para arriesgar seguridad. Ni siquiera Blum estaba dispuesto a desmarcarse de los ingleses, provocar a Hitler y hostigar a un Mussolini, a quien, en esos años, se intentaba atraer. Por otro lado, a ojos de muchos políticos conservadores europeos, quizá de la mayoría, la República «roja» era un régimen desbocado y un Estado en disolución. Asaltado por la reacción militar y desbordado por una revolución, quemaba iglesias, masacraba sacerdotes, les arrebató sus empresas y les asesinó empresarios, banqueros franceses e ingenieros ingleses, como el decano de las sociedades extranjeras en España. Franco era un militar profesional, implacable pero organizado. La «calle» de la España nacionalista varió poco de aspecto. Y el terror «blanco» sería más sistemático pero también más ordenado. Quizá se matara a muchos. Hasta puede que a más. Pero «los otros» eran más desconocidos que «los de uno» –excepción hecha de algún poeta universal como Lorca. En aquella Europa tremenda de los treinta, los asesinos eran iguales pero la muerte tenía sus «clases». Los crímenes de D. Melquíades Álvarez, Muñoz Seca o del apoderado del Banco de Lyon, por ejemplo, no eran mayores que los de un jornalero de Extremadura. Simplemente, eran más conocidos. También en Europa y los EE.UU. Y, claro, quizá la burguesía europea, como la española, «preferiera» (Portela) *mieux la terreur blanche*, como le hace decir Marx a aquel político francés (Baraguey d'Hilliers) mediado el ochocientos. A estos efectos –y a ojos de demasiados políticos aliados– 1936 estuvo más cerca de 1917 que de 1938 o 39; y Azaña proyectó una imagen más próxima a Kerensky (Churchill) que a Emil Hacha (el anciano y tembloroso líder checo arrinconado y coaccionado por Hitler en Marzo de 1939). En las cancillerías occidentales, la Guerra Civil Española fue más un *avispero* sangriento entre *bárbaros* (el calificativo viene del Vaticano, siempre tan desinteresado y caritativo) que la agresión de las potencias fascistas a un aliado que quiso serlo cuando ya era demasiado tarde. Franco no despertaba

### *Cuadernos de pensamiento político*

mayor inseguridad a los políticos aliados que una república soviética y neutralista, además de anárquica e incompetente. Y, de hecho, el Col. Basil Liddel Hart no acertó a transmitir a sus superiores en Whitehall los temores que abrigaba sobre la seguridad del Estrecho y los riesgos ciertos que corría todo el dispositivo británico en el Mediterráneo con una España que pudiera sumarse a las «potencias insatisfechas».

El caso es que *en* aquella guerra (la preposición es pesimista y por eso tiene también un alcance contrafáctico) se perdió la democracia por muchos años. Para muchas generaciones. No sólo para electores potenciales que ya no pudieron ser «sondeados» ni tuvieron nunca ocasión de votar, sino para quienes ni tan siquiera habíamos nacido. Mi madre y yo votamos juntos, y por primera vez ambos, en 1978. Yo tenía 34 años y al lector se le alcanzará enseguida que mi madre debía ser algo mayor que yo. Demasiadas familias españolas tuvieron experiencias parecidas. Valga como melancólico resumen del malogrado experimento. ¡Como para que ahora vengan los nacionalistas diciéndonos –ellos, los insaciables, que en nada cedieron– que la primera Transición fue una mala cosa, un rosario de claudicaciones y que, ellos también, nos la van a rectificar con una segunda vuelta bien radical, sin compromisos ni concesiones! Sirva también para subrayar el hecho de que estos asuntos de política de Estado trascienden elecciones y hasta generaciones. Deben, pues, ponerse al abrigo de los sondeos, por mucho que la demoscopia le apasione al Sr. Zapatero.

Como los españoles de aquellos años trágicos no quisieron estar en sazón con quienes debían, hubieron de recurrir *in extremis* a lugares y gentes poco recomendables. Unos se aliaron con los rusos, que raramente han destacado por ser los más competentes del planeta –ni Stalin como el más internacionalista generoso y magnánimo de sus zares. Los otros se aliaron con alemanes e italianos, los cuales, al menos durante el siglo pasado, han sido especialistas en perder todas las guerras que provocan. La última de aquellas aventuras sangrientas proporcionó ocasión al General Franco –un personaje callado y despiadado, casi tan inteligente como inculto, que no hablaba ningún idioma ni salido jamás fuera del Protectorado– a ensayar una política de Estado; de Estado imperial, se entiende. Franco fue muy sistemático en sus errores de apreciación sobre la evolución y resultado de la

### Cuadernos de pensamiento político

Segunda Guerra. En definitiva, era un general inculto de un país modesto y marginal, con una formación técnica escueta. Como Graziani en Libia, Franco tenía una experiencia reducida a pequeñas operaciones de guerrilla y represión colonial. Estaba mal equipado para entender la *Niederwerfungsstrategie* de tradición franco-alemana y menos aún capacitado para adaptarse a los nuevos métodos de la *Blitzkrieg*. El éxito de estos planteamientos y la caída de Francia le dejaron estupefacto, maravillado y convencido *de que los aliados habían planteado mal la guerra y la habían perdido* (17 julio, 1941). La idea del Caudillo consistía, al parecer, en que Hitler –en opinión de nuestro dictador, una persona *delicada y amable*– se apresuraría, cual nuevo emperador Carlos de la edad contemporánea, a reparar las injusticias cometidas con España, poco menos que desde Westfalia. Se suponía, pues, que el agitador nazi nos iba a facilitar un imperio africano en Marruecos y el Oranesado, a costa de los franceses de Vichy y sin el *imprimatur* del cesar italiano. Pero, a la sazón (1940), el Führer estaba más interesado en apaciguar al mariscal Petain que en proporcionarle argumentos al General De Gaulle, más pendiente de llegar a un «arreglo, general», con Inglaterra que en *la trata de ganado de segunda categoría* (Hitler) que ambicionaba nuestro pequeño general.

Lo cierto es que Hitler miraba al Este y *prestaba* [poco] *interés al teatro mediterráneo*, como terminó por reconocer apesadumbrado el general italiano Mario Roatta. Por eso, no ofreció a los españoles más que lo que a él le interesaba: la conquista de Gibraltar para cerrar el mar interior a la navegación aliada. A Franco seguramente le hubiera gustado convertirse en el Guzmán el Bueno de los tiempos modernos, pero era un hombre calculador y realista, poco dispuesto a arriesgar una guerra *por pequeñeces*. Hubo, pues, de conformarse con reducir su «Imperio africano» a la ocupación de Tánger *por una legión de funcionarios españoles sin afeitar* –como apuntó con sarcasmo el embajador británico en Madrid. No obstante, la ironía inglesa pone también en evidencia que el General Franco era un militar de carrera, en lugar de un demagogo profesional al estilo de sus compañeros de aventuras imperiales. Tomó precauciones. Escuchó a los profesionales de la Armada que tenían un sano respeto por la de sus colegas británicos, una idea bastante aproximada de la descomunal capacidad americana de construcción naval y cifras muy detalladas del tonelaje de abasteci-

### Cuadernos de pensamiento político

miento marítimo de España. Mantuvo una neutralidad simpatizante con el Eje pero, al menos, no beligerante.

Sin embargo, el Generalísimo equilibraba su astucia indudable con la ignorancia. Incluso hasta el día después de Normandía, siguió pensando que «la muralla del Atlántico» era indestructible y que la guerra discurriría prolongándose en fases sucesivas, más o menos favorables a uno u otro lado. A diferencia de su padrino económico en tiempos de conspiración, –D. Juan March, que liquidó todos sus activos en países del Eje tan pronto le llegó la noticia de Pearl Harbor–, a Franco y a sus ministros (con la decisiva salvedad de Jordana) les preocupó sobre todo la postura que adoptarían *los países hermanos hispanoamericanos*. No es, pues, sorprendente que al Ministro británico de Exteriores, Anthony Eden, le pareciera que el Caudillo tenía *una idea muy desenfocada de la realidad internacional*. Como Hitler, Mussolini y tantos dirigentes continentales de antes y ahora, *subestimaba a los Estados Unidos* (Hewel a Speer). Al revés que Stalin, que lo tenía claro, al General Franco le costó entender que las potencias continentales eran más agresivas pero mucho más débiles que las atlánticas. Tardó demasiado en comprender las consecuencias decisivas de la entrada en guerra de la Unión Americana: un país que, al terminar la contienda, producía el 45% de la munición y equipo militar del planeta, habiendo fabricado, desde 1940, cerca de 300.000 aviones, 86.000 tanques, 17,5 millones de armas de calibre corto, casi 70.000 buques, 5.000 de ellos de gran tonelaje, reuniendo una flota que, en 1946, era ya mayor que toda la del resto del mundo junta, la británica incluida; un país, en suma, que contaba con casi dos tercios de las reservas de oro y generaba más de un 30% del producto bruto mundial. Por eso, cuando alemanes e italianos perdieron su última apuesta imperial en 1945, dejaron a la política exterior de la España franquista en la bancada de desguace.

Pero Franco tuvo suerte. Sobre todo, con sus enemigos. Para empezar, con Stalin. Y también con sus enemigos interiores. Fuera de Prieto en la izquierda, y Gil Robles en la derecha, pocos se dieron cuenta cabal de la situación. Los pobres republicanos –o la mayoría de ellos– no terminaron de entender la ecuación internacional. Bastantes perdieron la vida en campos de concentración nazis. Otros la arriesgaron con las tropas aliadas o en el *maquis* francés. Y, cuando entre 1944 y 1945 se vieron en la Francia liberada, no se les ocurrió

### *Cuadernos de pensamiento político*

nada mejor que establecer un gobierno exclusivamente republicano-socialista en París –una capital hambrienta, reconquistada gracias a los americanos y políticamente irrelevante. Enviaron dos oleadas de guerrilleros, mayormente anarquistas y comunistas, allende el Pirineo. El maquis apenas inquietó a Franco. Más bien le sirvió para cimentar con más sangre la unidad del bloque nacionalista. Pero alarmó a los aliados occidentales, crecientemente temerosos del expansionismo estalinista que, a la sazón, llegaba al Adriático. Los demócratas europeos empezaron a dudar que un imperio soviético desde los Urales al Atlántico fuese mucho mejor que el imperio nazi del Atlántico a los Urales del que apenas se estaban liberando. De esta suerte, no es sorprendente que los excesos verbales contra Franco de los líderes socialistas ingleses en el Parlamento se acompañaran, en la reserva de su correspondencia privada, con la inquietud de que la Península cayera en manos de los comunistas –sin que, al parecer, les abrumara que siguiera en las de los fascistas. Sin sus compinches totalitarios, Franco se había convertido en una anécdota excéntrica, desagradable pero inofensiva. Era mucho más inquietante que otra revuelta civil en España pudiera dar ocasión a los soviéticos para enredar en el extremo occidental del Mediterráneo, como estaban haciendo en la cuenca oriental, aprovechando el conflicto civil helénico.

El Caudillo, que había pasado momentos angustiosos desde el desembarco aliado frente a las costas de Canarias, y luego tras la liberación de Francia en 1944, con una presencia nada desdeñable de antiguos combatientes republicanos españoles, no desaprovechó la oportunidad de venderse como *El Centinela de Occidente* (Franco, 7 marzo de 1946) de una nueva cruzada anti-comunista. Sin embargo, el hecho de que el General Franco lograra sobrevivir a la liquidación de las dictaduras fascistas en 1945 tiene mucho de aleatorio, y sus resultados –observados bajo el prisma del propósito original del autócrata– aún más de paradójico. El régimen de Franco se aferró al flotador internacional que le prestaba su posición estratégica, logrando, en efecto –y contra todo pronóstico– una moratoria prolongada. Pero la sorpresa no termina de agotar la paradoja. Porque, a través del mismo orificio en que el franquismo claveteó su salvavidas, también se coló, como de rondón, la integración de España en el sistema de defensa occidental como corolario –ni planeado ni deseado– de una salida política (la de Franco)



*Cuadernos de pensamiento político*

propiciada por un imperativo estratégico (el de los EE.UU.) en su necesidad del portaaviones peninsular. Para sobrevivir en un mundo hostil, el General Franco, un nacionalista visceral, se vio forzado a negociar un tratado internacional que colocó desde entonces a España en un mundo –el occidental– que no era el suyo y le obligó a trapear dentro de un sistema de valores que, en buena medida, había combatido y destruido. No resulta, pues, muy exagerado afirmar que la alianza de Franco con los americanos (1953, en el derecho, pero 1944 de hecho) fue una carambola rocambolesca. A largo plazo, terminó por salirnos bien a los españoles y ha servido a nuestros intereses de Estado, pero como consecuencia más imprevista que buscada, calculada o diseñada. Ninguno de los actores que provocaron (Stalin), negociaron (Truman) o imploraron (Franco) la alianza americana perseguía una política que tuviera en consideración los intereses del Estado español. Sin embargo, y en contra de lo que suele repetirse, la España franquista no fue un régimen aislado, desde el punto y hora que concertó una alianza con la potencia hegemónica de su tiempo –y del nuestro– los EE.UU. Pero sí fue un régimen lastrado por lo espurio de su propio pasado y la naturaleza, exótica en Europa occidental, de su sistema político. El resultado proporcionó seguridad (frente al expansionismo totalitario soviético, que no era poco, aunque los españoles de ayer –y de hoy– no quisieran enterarse) pero limitó severamente las posibilidades de maniobra exterior de España. Estuvo lejos, pues, de atraer la atención e interés de los españoles de su tiempo.

No descubrimos nada si recordamos que, durante el franquismo, la política era un término temido –y una actividad prohibida. Los españoles del novecientos cuarenta –o la inmensa mayoría de ellos– bastante tenían con sobrevivir, y los del cincuenta, con subsistir, hasta que, en los sesenta, se dedicaron rápida y vorazmente a prosperar. La política siguió siendo el quehacer aprovechado de algunos y el arriesgado de los menos. Sinónimo de corrupción y tiranía para los otros, de jerarquía y favores para los unos, era, en definitiva, una palabra malsonante y una actividad conflictiva y problemática, evitada por la indiferencia de la inmensa mayoría. La política internacional ni existía ni se discutía. El acuerdo de 1970 con el Mercado Común, prodigio de negociación y de una trascendencia difícil de exagerar, en la medida que constituyó la integración económica *de facto* en Europa, no fue objeto del debate y la publicidad que merecía. Y un reto tan serio co-

### *Cuadernos de pensamiento político*

mo fue la invasión –y colonización– por parte de Marruecos del Sahara Occidental, a la sazón bajo administración española, pasó casi desapercibido entre los partes médicos de un Franco agonizante y una expectativa de cambio preocupante. Sólo la izquierda intentó –y, andando el tiempo, logró en la retórica, al menos– convencernos a la mayoría de que la entrega de esas tribus nómadas a una Monarquía teocrática pero imperialista era un acto indigno, y que el contar con un Estado amigo y agradecido, rico en recursos minerales y pesqueros, a la espalda de Canarias quizá fuera provechoso. Sin embargo, por lo que últimamente llevamos tan oído como poco explicado, aquello debió de ser un espejismo.

No deja de ser casi una mueca irónica de la historia que la Monarquía liberal y la República democrática impusieran una política internacional neutralista, a pesar de sus simpatías ideológicas por los aliados, y tuviera que ser Franco, que los odiaba y envidiaba, quien insertara a España, aunque fuera a hurtadillas, en el dispositivo multiforme de cooperación y defensa occidentales. Pero la ironía no es lo mismo que la tontería o el *non sequitur* de renunciar a los beneficios del resultado en función de lo espurio de sus orígenes. Porque de la repugnancia que para algunos, pocos o muchos, traiga el recuerdo del franquismo no se sigue el rechazo a capitalizar los réditos de la herencia, cuando los haya. En alguna medida, la Transición con mayúscula (1975-1982) es también fruto de esta fina distinción semántica. En todo caso –y por este tortuoso sendero de la paradoja histórica– vino España a renunciar, al doblar la sombría década del cuarenta, a un neutralismo casi secular, insertándose en el dispositivo de seguridad, en los modos de vida y, a la postre, en el sistema de valores occidentales. Una historia que ya ha cumplido más de medio siglo y que ha sido respetada por regímenes y gobiernos de diversos colores como política de Estado (hasta el estropicio del gobierno actual): con Franco, primero, por supervivencia; con la UCD, después, por continuidad; con el PSOE del Presidente González, más tarde, y quizá con más inteligencia que entusiasmo; con el PP, por fin, por convicción. Está en el haber y en la inteligencia de los políticos de la Transición –sobre todo en los de izquierda, por el esfuerzo extra que ello les haya podido exigir– el haber sabido asumir, para transformarla radicalmente, la parte de la herencia franquista que les repugnaba, mientras recogían, aceptaban e integraban aquella parte del legado económico, so-

### *Cuadernos de pensamiento político*

cial e internacional que encajaba dentro de la realidad de su entorno y servía a nuestros intereses colectivos.

El cambio de régimen despertó ilusión y entusiasmos. Y, por una vez, también en el orden internacional se logró socializar una política de Estado: la plena incorporación a la Comunidad Europea. No obstante, no hubo un debate serio de intereses. Fue una política sustentada en un sentimiento de identidad y apoyada por una reafirmación de auto-estima que resultó, además, coincidente con nuestro destino e intereses, ambiciosa y sensata, compartida mayoritariamente, perseguida por todos los gobiernos y gestionada con profesionalidad por excelentes equipos de funcionarios. El éxito de la opción a la vista está. Pero, también a comienzos de la Transición, se difundió en España, con una década de retraso, la deriva amarxista y tercermundista de la izquierda occidental. Políticos procedentes de un franquismo que buscaban hacerse perdonar –un síndrome que hizo también estragos en la lucha contraterrorista y en la organización territorial del Estado– coquetearon incluso con la posibilidad de que España participara en el grupo de Países no Alineados. El Partido Socialista amagó al principio con oponerse a la entrada de España en la OTAN –en un ademán que hubiera enfurecido a D. Indalecio Prieto y que dejó estupefactos a sus homólogos en Europa, casi todos fundadores de la Alianza Atlántica. Pero los socialistas –los de entonces, se entiende– supieron rectificar a tiempo y tuvieron la inteligencia y la presencia de ánimo de anteponer su sentido de Estado al de las encuestas. Sin embargo, con el tema de la OTAN, que no era un asunto menor, hubo fuegos de artificio y un despliegue de colores ideológicos. Pero, como de costumbre, realidad internacional e intereses nacionales estuvieron ausentes. Y, claro, sin esa escolta elemental, el debate racional fue escaso y episódico.

### **DEL ANTI-AMERICANISMO ESPAÑOL: PREJUICIO E IGNORANCIA**

Con antecedentes tan raquíticos, ¿es tan raro que los españoles de hoy tengamos tan poca capacidad para percibir riesgos, identificar oportunidades y señalar objetivos?; ¿tan raro que tengamos tantas dificultades para ordenar nuestro debate internacional en términos de

### *Cuadernos de pensamiento político*

intereses? Me temo que no. Me temo, en efecto, que una espesa melaza de prejuicios y estereotipos elementales, banderilleados con algunas muletillas tercermundistas, se interpone entre nosotros y la realidad; la realidad de nuestros intereses de Estado, se entiende. Por eso quizá, hace ya tiempo –mucho antes de la Presidencia del Sr. Bush y su intervención en Irak– que el CIS viene registrando datos preocupantes sobre el anti-americanismo de la opinión pública española. En la medida que perjudica gravemente a nuestros intereses de Estado, es una muy mala noticia. Pero si queremos cambiar una tendencia tan negativa tendremos que preguntarnos por sus causas y origen.

La explicación más primaria y generalizada, y para la cual los españoles del Siglo de Oro acuñaron un nombre, es la natural antipatía hacia el potente y prepotente, la potencia hegemónica del momento. La «leyenda negra» fue una muleta inventada por los españoles de aquel tiempo legendario pero una dolencia padecida también por la Francia del Rey Sol, la Inglaterra victoriana y la Alemania bismarckiana. Así las cosas, ya que estamos observando la imagen desde España y sobre los EE.UU., es curioso resaltar el hecho, paralelo a ambos, de que casi a los únicos países hegemónicos a quienes ha ofendido lo negro de su leyenda han sido precisamente a la España de ayer y a los EE.UU. de hoy. A los demás –sobre todo, a franceses e ingleses– la crítica y envidia de los inferiores les ha traído al paio. Les ha parecido lo que cabía esperar de su poder, el precio asumible por su hegemonía y la constatación de su éxito. En lo que hace a los EE.UU. de nuestro tiempo, la prueba del nueve es tentadora: fuera del propio –y si fuera factible el mágico artificio– ¿qué país se elegiría como hegemónico en lugar de los EE.UU.? Esa si que sería una encuesta interesante.

En todo caso, la propuesta que nos ocupa es, como cualquier explicación totalizadora, tan genérica como insatisfactoria. No obstante, algún petróleo de comprensión se puede extraer del yacimiento generalista. Porque la generalización es el objetivo del estereotipo pero su premisa es la ignorancia. El estereotipo es, por lo pronto, una economía de conocimiento, nos describió su reinventor, William Allport, siglos después de Aristóteles. Un prejuicio, pues: una operación intelectual con arreglo a la cual –nos cuentan nuestros colegas juristas, desde que Gabriel Naudé, el bibliotecario del cardenal Mazarino, nos lo explicó hace cosa de tres siglos y medio– se invierte el orden procesal y

*Cuadernos de pensamiento político*

mental, al punto que la sentencia precede al juicio. De ese modo, se busca un atajo por el que se pretende llegar a una conclusión sin recorrer el camino del conocimiento. Y, en general, uno no tiene la impresión de que los políticos españoles tengan mucho interés en esa travesía por el conocimiento. No tienen tiempo. Quieren llegar directamente al destino sin hacer el viaje. Es natural y comprensible. En casi todos los países ocurre lo mismo. Pero, en los de nuestro entorno más desarrollado, los políticos suelen preguntar. Preguntan a los especialistas del tema en cuestión, no a los periodistas. Unos profesionales –nos explicaba el Profesor Jover en nuestros tiempos de Facultad– que realizan un trabajo muy difícil: hablar de casi todo sin saber de casi nada.

Nuestros políticos, quizá la mayoría de ellos, se diferencian además de sus colegas europeos en que raramente hablan idiomas. Algunos andan además en el empeño de eliminar el castellano (que es la segunda lengua occidental, un idioma republicano, si los hay, porque fueron las nuevas repúblicas iberoamericanas quienes difundieron su conocimiento dentro del paquete de una enseñanza obligatoria, igualitaria y universal). Esa renuncia a un idioma universal, patrimonio común de tantos millones de ciudadanos en multitud de países, se ajusta a esa composición, tan española y tan inteligente, de «que se fastidie el capitán, que no como rancho». La mayoría de esos políticos monolingües se burlan además si alguno de ellos hace el esfuerzo de aprender inglés ya maduro y tiene la humildad intelectual de intentar chapurrearlo. Y critican a la Comunidad de Madrid por querer introducir su enseñanza bilingüe –lo único verdaderamente serio que he oído en temas de educación en el último cuarto de siglo. Sin ese instrumental elemental de interpretación –el conocimiento del inglés, al menos leído– me pregunto cómo se pueden entender, no ya los EE.UU., sino la realidad internacional en general. Y nuestros políticos, claro, tampoco han residido ni viajado demasiado fuera de España; se entiende que antes –antes de hacerlo en coche oficial y avión estatal, que es lo que vale porque es cuando se aprende. La sintomatología se manifiesta sin pudor delante de nosotros. Hemos visto cómo pontifican desde su atalaya lucense sobre el *lobbying system* del Congreso de la Unión Americana sin tener la menor idea de lo que hablan. Y lo peor –lo peor para nosotros como país– es que rechazan montar en Washington un sistema que todos los Estados medianamente importantes practican porque lo necesitan. Del mismo modo,

### *Cuadernos de pensamiento político*

hemos oído a una destacada Ministra del Gobierno enzarzarse en una polémica –*one sided*, por otra parte, porque Rumsfeld ni siquiera se molestó en contestarle– con el Secretario de Defensa, para terminar por descubrir abochornados que nuestra ministra había confundido el tiempo del verbo en inglés. Me pregunto cuántos ministros del actual gobierno han leído los *Federalist Papers*, quizá el texto más importante de la democracia moderna. Claro que, bien pensado, dudo que hayan leído a Marx. De haberlo hecho, no tendrían tanto entusiasmo por el nacionalismo, el tercermundismo y algunas de las religiones monoteístas extrañas a nuestra cultura pero hoy de moda en la izquierda.

Se diría que lo único que leen, la sola preocupación de los gobernantes actuales y a la única realidad que parecen prestarle obsesiva atención es a la del dato demoscópico, salvo al reiterado sondeo abrumadoramente favorable a que los políticos consensúen los temas de Estado fundamentales. Por ejemplo, la política internacional. A esa encuesta le hacen poco caso. ¿Será porque la consigna es la de pescar votos por los extremos en lugar de por el centro? Sea como quiera, el problema es que las encuestas del estado de la opinión reflejan las tendencias del sujeto receptor. No son una descripción del objeto percibido. Son, naturalmente, imprescindibles para cualquier político democrático, pero no son suficientes para un hombre de Estado. Sólo con el sujeto habrá gobiernos, pero sin conocer el objeto difícilmente se construirá una política de Estado. No obstante, la realidad objetiva, que es terca y reflota como un corcho, terminará por pasarnos factura. A la postre, también en las encuestas y hasta en las urnas. Ya lo está haciendo: las inversiones extranjeras en España han caído un 78%. Ha ocurrido en todos los países europeos, pero más acusadamente entre nosotros. Hay muchas otras razones técnicas para ello, sin duda. Pero hacer y decir tonterías sobre los americanos no ha debido de servir de apoyo precisamente. Ya tenemos, pues, dos claves, al menos dos indicios que pueden ayudar a entender este antiamericanismo patológico que tanto nos perjudica: una profunda ignorancia de algunos dispuesta a fomentar el prejuicio de muchos.

Hay otros intentos de explicación del antiamericanismo más concretos, *a priori* nada desdeñables y con un aparente fundamento histórico. Uno de ellos mira más bien a la izquierda. El otro es más anti-guio, más genérico, aunque quizá más inclinado a la derecha. Para

### Cuadernos de pensamiento político

empezar trinchanto por el lado del tenedor, deberíamos también comenzar por reconocer que, desde junio de 1944, los demócratas españoles en general, y la izquierda en particular, tienen una cuenta pendiente con los EE.UU. o un reproche, justificado, desde su punto de vista –y desde el mío también, por cierto– en tanto que los Sherman del General Patton no continuaron hasta Algeciras (y digo Patton porque los blindados de la división Leclerc tenían tan poca importancia militar como autonomía motriz, un detalle que quizá alguno de sus colaboradores en Defensa se servirá de explicarle al Ministro Bono). De haberlo hecho, muy otra hubiera sido la suerte del país. Y también la mía, que me interesa bastante. Cada uno cuenta la feria según le va. Algunos hubieran salvado la vida. Muchos hubieran obtenido la libertad. Todos, el voto. Lo mío es más modesto y menos épico: quizá me hubieran evitado presenciar en el Paseo de la Castellana de Madrid aquel espectáculo inenarrable del «rosario en familia», oficiado por un tal padre «Pitón», en vulgata vallecana (Payton, en inglés de Irlanda), acompañado de Pepe Solís, la «Lola de España» y otros especímenes de aquella era paleontológica, los cuales, como ahora otros nacionalistas –de otras nacionalidades en construcción pero con las mismas cabezas en deformación– también creían estar *entre los países más avanzados*. Es, pues, un hecho, lamentable para algunos pero indiscutible para todos, que los americanos, a diferencia de lo ocurrido en otros países europeos, no entraron en España como liberadores sino como colaboradores de la dictadura. Y, claro, no es lo mismo. Quizá en esta experiencia histórica tan diferente esté una de las claves del antiamericanismo español. Dicho esto, deberíamos, empero, ser prudentes al blandir el argumento. Sobre todo, deberían serlo los socialistas. Porque acusar a los americanos de no haber hecho entonces con Franco lo mismo que se les reprocha ahora haber hecho con Sadam-Hussein, no es quizá el razonamiento más coherente que a uno le hayan propuesto.

#### **1898 COMO COARTADA: REALIDAD E IMAGEN DE UNA EXPLICACIÓN**

Un lugar común muy repetido, remonta y atribuye el comienzo del despropósito anti-americano a la Guerra de Cuba de 1898. Se trata

### *Cuadernos de pensamiento político*

de una suposición comprensible y una hipótesis razonable. Sin embargo, de hecho, es un error, o por lo menos lo es en lo que hace a la reacción que produjo dicha contienda (otro asunto, quizá, sean, como veremos más abajo, los años treinta y cuarenta del siglo pasado). En aquel *annus horribilis* de 1898, en efecto, los españoles perdieron una guerra con los EE.UU. y, con ella, *15.700 peninsulares; 2.430.770 españoles antillanos; 9.300.000 españoles filipinos; 128.148 km<sup>2</sup> de extensos y ricos territorios americanos; 358.000 km<sup>2</sup> en Filipinas y Jolo; 16 buques de guerra y 60 mercantes; 420 millones de pesetas en material de guerra y sobre 4.560 millones en gastos de campaña, repatriación de tropas, de empleados civiles y del Estado (Diario del Comercio, 2 agosto 1898) y...* de los restos de Colón que, desde la Habana, fueron trasladados a la Catedral de Sevilla, *uniéndose así los restos de un hombre a los de un país (Norte de Castilla, 19 marzo 1899)*, como ilustración del desastre y del fin de una época.

Los españoles de entonces fueron a una guerra forzada que perdieron sin saber bien por qué y es significativo que los de hoy sigamos sin saberlo, fuera del mundo esotérico de los expertos. Y el asunto no es una curiosidad académica irrelevante. Porque la reacción al *Desastre* ha articulado el paradigma de modernización española hasta nuestros días. Un discurso cuyas características no son explicables sin la naturaleza verdadera de aquella contienda ni la reacción que provocó. Es evidente que los especialistas no hemos acertado a transmitir nuestra historia, o los periodistas no han podido aprender o sabido entendernos. Todavía hoy, una imagen generalizada sigue interpretando el 98 como una reacción resentida, pesimista y autoritaria, en la inteligencia de que la decisión y desarrollo de la guerra constituyó el fracaso de un gobierno y unos políticos que habrían arrastrado al país, de forma alocada y en algarada patrioter, a una guerra imposible. Fracaso también de unos marinos que habrían forzado decisiones «numantinas» poco sensatas. Pero lo cierto es que la verdad está más cerca de lo contrario. Precisamente, debido a que la guerra del 98 fue calculada, impuesta por casi todos a casi todos y perdida de forma abrumadora y rápida, la percepción de la misma no consistió en atribuirle a la voluntad de un gobierno, sino en entenderla como *problema nacional*. Para comprender, pues, la reacción frente al Desastre es importante saber que la decisión de ir a *una guerra tan desesperada*, como



### Cuadernos de pensamiento político

años más tarde la calificaría Azaña, no fue alegre ni quijotesca, sino medida sobre la base de que, *de dos males, ese era el menor* (General Correa): el gobierno y los políticos –no sólo los del régimen– creyeron que era menos arriesgado enfrentarse al ejército americano que hacerlo a un golpe militar. Por eso planearon también –y desarrollaron después– una estrategia, menos profesional que política, fundamentada en consideraciones ajenas a la técnica militar; a saber: evitar *el peor de dos males; esto es, el conflicto que se desencadenaría en España si nuestro honor y nuestros derechos fuesen atropellados* –léase, el miedo a la opinión revolucionaria y a un pronunciamiento del ejército. Quizá esto ayude a entender que, finalizada la guerra, lo ocurrido se percibiera como un problema del país en general y no sólo de un gobierno, ni siquiera de un régimen.

Sin duda, debates angustiados debieron de ser aquellos que consumieron los Consejos de Ministros entre febrero y abril de 1898 y produjeron la decisión agónica de los gobernantes españoles, en la inteligencia de que era menos arriesgado para la paz interna enfrentarse al ejército americano que hacerlo al propio, como alternativa y previsible consecuencia de plegarse al *diktat* de la República Imperial. Porque, no nos engañemos, la decisión de ir a la guerra nunca fue un acto «numantino», sino el producto –disparatado y cínico, si se quiere, aunque también comprensiblemente conmovedor– del poco confortable dilema que angustiaba a los políticos españoles del momento; a saber: que el gobierno que osara *entregar la isla sin lucha* –la cursiva traduce palabras de un diplomático inglés– se vería irremediablemente abocado a un golpe militar y/o una rebelión popular. La solución, pues, no era fácil y distaba de ser simple. Parafraseando un inteligente artículo de Clarín (1897), tampoco hoy *hay para qué ensartar tonterías so pretexto* del recuerdo de la derrota del 98. Deberíamos, pues, resistir la tentación de considerar a los políticos españoles ochocentistas como una pandilla de «señoritos» terratenientes, reaccionarios, cavernícolas y estúpidos. Desde mucho tiempo atrás, casi todos eran perfectamente conscientes del *parvoroso* (Sagasta) dilema que les asediaba.

Sin embargo, y del mismo modo que buen número de nuestros políticos actuales parecen incapaces de entender las razones de nuestra amistad interesada con los EE.UU., es dudoso también que demasiados políticos de antaño alcanzaran a comprender los motivos de

### *Cuadernos de pensamiento político*

aquella enemistad. En otras palabras, tampoco ayer se acertó en ver cómo se insertaba el contencioso hispano-americano en la cartografía internacional del momento. Y, por lo que leo, seguimos sin enterarnos. Las cosas habían cambiado mucho desde que las grandes potencias europeas se repartieran el mapa de África mediados los ochenta del siglo antepasado, en una especie de «merienda de blancos». Una década después, el escenario colonial se había trasladado de África a Asia y el Pacífico. Después de la guerra chino-japonesa, la toma rusa de Port Arthur y la ocupación alemana de Kiau-Chau, el gobierno británico comenzó a temer por un despiece de China. Resuelto el contencioso de Venezuela (1896) que le enfrentaba a los EE.UU., y crecientemente ansioso por la inestable situación en Asia y el Pacífico, el gabinete Salisbury solicitó del gobierno americano una extensión de sus líneas estratégicas navales que aliviara las responsabilidades de la armada británica en el área e impidiera el reparto o «la esclavización de China» que ambas potencias repudiaban. Así pues, no era tanto Cuba (para los americanos de antes y de ahora, un problema de política interior) la meta ambicionada por los EE.UU. El objetivo estratégico de la administración McKinley se orientaba hacia el Pacífico, a fin de garantizar una política de «puertas abiertas» en China. Y, en ese propósito, las islas de Hawai, la micronesia española y el archipiélago filipino resultaban imprescindibles para una logística naval dependiente todavía del carbón y, por ende, con una autonomía inferior a catorce días de navegación. Es en este contexto internacional en el que hay que enmarcar las maniobras hipócritas del Presidente McKinley –que conocía bien el espinoso y angosto margen de maniobra de los políticos españoles a través de la diplomacia vaticana– y el estrechamiento de los tiempos en la creciente tensión hispano-americana.

Cuando, en la segunda mitad de los años noventa, los comités de propaganda revolucionaria cubana en los EE.UU., la exitosa –pero mortífera y escandalosa– estrategia represiva del General Weyler y la opinión pública americana intoxicada por la prensa amarillista se combinaron para hacer variar la postura de la Administración republicana del Presidente McKinley, (tan alarmada por los éxitos electorales demócratas en 1897 como interesada en una penetración hacia China), los responsables de la política española se encontraron en una

### Cuadernos de pensamiento político

situación casi indefendible. En España y Cuba, por otra parte, a la opinión de la calle y de las linotipias se sumaba la de los cuartos de bandera, asediados por los españolistas antillanos. Aquellos «cuerpos de voluntarios» (catalanes muchos de ellos) que acusaban de traición y entreguismo a cualquier gobierno con veleidades autonomistas, (como hubo de señalarle el dirigente liberal catalán, Víctor Balaguer, al propio Sagasta) y de cobardía o deshonor al menor signo de vacilación entre los oficiales destinados en la isla, con sus guerreras de cuellos y bocamangas azules, sombreros de yarey, tocados de vistosas escarpelas rojo-gualdas, y relucientes polainas negras, ardiente aunque groseramente arengados por Eva Canel, actriz profesional y agitadora de ocasión, no debían ofrecer un aspecto muy tranquilizador para los pusilánimes gobiernos peninsulares.

En cuanto a los políticos, pocos pensaban lo que decían; pero aún eran menos los que decían lo que pensaban. La mayoría abrumadora de ellos –militares y marinos incluidos– eran perfectamente conscientes de que una guerra contra los Estados Unidos *sin aliados*, era una *dementia* (Castelar) y una *temeridad* (Canalejas). Enfrentarse a un país que, ya para entonces, era líder mundial en la fabricación de armamentos era una *insensatez* –advertía Canalejas, en el sigilo de la correspondencia privada, al propio Presidente del Consejo, Sagasta– que llevaría al desastre, *¡a ciencia cierta!*, como reconocía en sus cartas el propio Almirante Cervera, futuro Jefe de Operaciones de la Escuadra del Atlántico. En el discreto recato del epistolario personal, pues, casi todos estaban en que lo *más sensato* era negociar... *la paz que se pueda, amén*, como más tarde reconocería el propio D. Antonio Maura. Pero *la paz* –como terminaría por admitir también después, que no antes, el Ministro de la Guerra– *dependía de la opinión del ejército*. Sobre todo a medida que se intensificó la presión norteamericana, *la tensión de la opinión* nacionalista española (Cardenal Ireland a Rampolla) fue haciéndose insoportable en los cuarteles y agobiante en los partidos. Casi ninguno se atrevió, empero, a predicarlo, en sazón, convencidos de que hacerlo desataría las iras *de la opinión ignorante, atrasada, reaccionaria* (*Vida Nueva*), provocando un levantamiento militar.

De esta suerte, en aquel amargo trance a España le faltó su Thiers: alguien de fuste y peso político que apostara por la derrota antes de la batalla y tuviera la entereza suficiente como para arrostrar la impo-

### Cuadernos de pensamiento político

pularidad de predicarlo públicamente en medio de aquel vendaval de belicismo nacionalista. De hecho, la apuesta *ante facto* fue la contraria: que una corona que ceñía un niño huérfano y regentaba una reina extranjera, y un gobierno que presidía un anciano vacilante y conciliador, terminarían por claudicar, sensatamente, como habían hecho los portugueses en 1890 o los franceses en el propio año terrible de 1898, ante el chantaje militar de la otra gran potencia anglosajona. Y, en ese supuesto, la conclusión a que llegaban las oposiciones antidinásticas era que una retirada vergonzosa desencadenaría la misma efervescencia nacional-imperialista y antimonárquica que estaba viviendo el vecino peninsular. De esta suerte, los republicanos, lejos de montar una campaña popular contra gobiernos monárquicos que dilapidaban vidas y haciendas en aventuras coloniales, se prepararon para un escenario de retirada y deshonor, sumándose al estridente coro nacionalista y preparando junto a –y hasta en connivencia con– los carlistas un golpe militar, *si los políticos dinásticos continuaban dejando arrastrar por el lodo la bandera española*. Un golpe, pues, que barriera a gobiernos pusilánimes y a *monarquías entreguistas que nos llevaban a la ignominia* (D. Carlos).

Así pues, y hecha salvedad de algunas excepciones tan valerosas e ilustres como políticamente irrelevantes (el venerable dirigente republicano Pi i Margall, el político y periodista conservador Mañé y Flaquer o el respetable líder socialista Pablo Iglesias, por ejemplo) nadie se atrevió a exponer públicamente la dura realidad. Y la prensa menos que nadie. En ambos países, la crisis cubana fue un tema popular, de una opinión desorejada, agitada por una prensa vociferante y amarillista, altavoz *de los indoctos y los delirantes* (Cajal) que los políticos no supieron digerir con sosiego ni encauzar con destreza. No hace falta suscribir a la letra la contundente opinión de Cambó en el sentido de que *la prensa de gran circulación engañó vilmente a la opinión*, para reconocer que, al menos, *la desorientó* decisivamente. En efecto, diarios respetables como *El Imparcial* o *El Heraldo* no le anduvieron a la zaga a la prensa yanqui en cuestión de jingoísmo. *¿Y los periódicos republicanos? ¡Oh! Esos, dejaban atrás, en cuanto a patriotismo, a los periódicos monárquicos. El País exigía ¡Guerra!, El Motín pedía a los militares un ataque contra los americanos, en la seguridad de que vencedores darán gloria; vencidos, honra. Y El Progreso equiparaba paz a traición,*

### Cuadernos de pensamiento político

amenazando al gobierno que arrastrara *por el fango la bandera de España con un general que inspirara confianza a la nación y guerra a los EE.UU.* En este punto, la evidencia es abrumadora. Multitud de testimonios, variados y contrastados –y la propia secuencia de los acontecimientos– revelan *la verdad de Perogrullo*, como decía el embajador inglés, de que los políticos españoles se debatían en *un terrible dilema: la guerra o el deshonor* (Sagasta); cfr., enfrentarse con el ejército norteamericano, para defender lo indefendible, o hacerlo con el propio, arriesgando lo intocable –la monarquía y las libertades constitucionales y, por ende, la paz interna. Algún periodista acertó a resumir lo espinoso de la opción: *acabar con vilipendio la guerra de Cuba equivaldría a encender la guerra civil en la Península. Si el ejército tuviese que volver por una paz vergonzosa se sentiría entregado. ¿Se puede prever lo que haría con el Gobierno que le obligue a tan deplorable regreso?* Frente a disyuntiva tan dramática, advertía *La Correspondencia Militar*, que *escoja el gobierno, antes de que el país y el ejército resuelvan declararle inútil*. La verdad es que *ni el presidente Sagasta ni el ministro de Ultramar, Moret, querían la guerra. Hicieron cuanto estuvo en su mano para evitarla, hasta el momento que la presión de carlistas, republicanos y militares les intimidó*. Así pues, *si difícil era conservar y asegurar nuestro dominio legítimo en Cuba; muchísimo más difícil resultaba abandonarla, porque contra eso se levantaría la nación*. En suma, la guerra del 98 es uno de esos casos, no infrecuentes en ambiente nacionalista que fue enrareciéndose hasta la Gran Guerra, en que *el pueblo se sacrifica a la nación* (Unamuno).

De esta suerte, el pulso entre militares y políticos se resolvió sacrificando la armada –porque *no tenía el peso del Ejército*, para dar un golpe (Cervera)– en una confrontación rápida que tuvo más en cuenta el juego político antes referido que las necesidades estratégicas. En definitiva, se cumplió la predicción que años atrás le hiciera el propio General Martínez Campos a Paul Brooks (Brooks a Olney): España sacrificaría unos cuantos barcos para *salvar el honor* y liquidar rápidamente la guerra. Naturalmente, el guión alternativo nunca fue escrito y no sabemos lo que hubiera ocurrido si el gobierno que presidía ocasión tan dramática hubiera tenido el coraje de enfrentarse a la opinión pública y a los numerosos oficiales *que preferían la guerra a una humillación*. Sagasta murió convencido de que *el deshonor*, en lugar de *la guerra, hubiera acabado con todo y con todos*. ¿Una coartada exculpato-

### **Cuadernos de pensamiento político**

ria? Puede. Pero, en todo caso, conviene resistir razonamientos simples y displicentes trufados de soberbia intelectual. Quizá *faltó valor cívico, faltó entereza* (*Diario de Barcelona*) y, sin duda, aquellos gobiernos cayeron en errores catastróficos, pero ni la situación era simple ni la alternativa inocua.

La guerra de Cuba comenzó al son *bullanguero* (Costa) de la «Marcha de Cádiz», durante años, el *himno electrizante y enloquecedor* que despedía a la tropa en los muelles peninsulares –y que, desde septiembre de 1898, había pasado a ser tildado de *una desvergüenza musical*– pero se cerró con el coro de repatriados de *Gigantes y Cabezudos* que estremeció al país. Los sobrevivientes, en efecto, que iban llegando a la Península convalecientes de fiebre amarilla, vómito negro o paludismo, deambularon como fantasmas durante años por los caminos de España y, con su uniforme de «rayadillo» y aspecto macilento, demacrado y encorvado proyectaban la imagen de esa España decrepita que denunciaban los regeneracionistas, ilustraran los dibujos de Nonell y describiera Valle-Inclán con Juanito Ventolera en su esperpento teatral *Las galas del difunto*. Aquel Desastre *inenarrable, casi bíblico*, que diría Morote, pareció sacudir al país en sus cimientos. *España había quedado reducida a una expresión histórica*, sentenciaron los intelectuales del momento (Costa), sobrecogidos ante la magnitud de la catástrofe. Los mismos periódicos que meses antes habían duplicado la tirada, atizando a militares levantiscos y forzando la mano de políticos atemorizados, motejados de pusilánimes y débiles, ante el matonismo militar de «los choriceros yankees», la triplicaban ahora, acusando a los gobiernos de la Restauración de haber sumido al país, *por orgullo mal calculado y pasado de moda, en una gran quijotada* (*España*) perdida de antemano. La indignación pareció estallar incontenible, desencadenando un *clamor nacional* (Azorín) de renovación y cambio. Aquella amplia corriente de opinión, se expresó a través de muy diversos medios: la prensa, la literatura y el ensayo, en primer lugar; la historiografía, más tarde. En su vertiente política, afectó a todas las fuerzas políticas e impulsó un movimiento nuevo, que se conoce específicamente como *regeneracionista*.

Los regeneracionistas (entre quienes destacaba Joaquín Costa, una suerte de Zola carpetovetónico, trabajador incansable y honesto pero un autodidacta provinciano y atrabiliario) buscaron, en efecto, capita-

### Cuadernos de pensamiento político

lizar políticamente el abrumador ambiente de indignación y exigencia de cambio, confiando, ilusoriamente, en seguir los pasos de los republicanos franceses tras la *débâcle* (el título, por cierto, de una obra de Émile Zola que enfureció a los generales franceses pero del cual tradujeron portugueses, italianos y españoles para calificar sus correspondientes «desastres»). A los efectos, propusieron una *expiación prudente*. Exigieron *renovar el personal de la política española* y montaron una campaña de agitación que puso al régimen de la Restauración contra las cuerdas: *los políticos a la vida privada, el pueblo a la vida pública*. (Bien entendido que «los políticos» eran los de la Restauración y, «el pueblo», ellos que confiaban en ser llamados a gobernar por la Corona). *También fue vencida Francia en 1870* –escribiría esperanzado el novelista republicano Blasco Ibañez– *y el cogotazo que recibió de Prusia sirvió para que se limpiara de la caspa del Imperio*. Pero lo cierto es que los regeneracionistas quedaron *lejos de haber hecho lo de los republicanos franceses* (Azaña), de modo tal que, a diferencia de la Francia de Napoleón III con la derrota de Sedán, la Restauración española pudo digerir Santiago de Cuba. Hubo manifestaciones, huelgas de contribuyentes y protestas, ruidosas pero huecas e irrelevantes en la práctica, que acabaron disueltas *en un deseo platónico* de cambio, que diría Azaña. En efecto, los regeneracionistas no lograron articular una revolución que arrastrara a sus *clases neutras*, ni tampoco supieron convencer a la Regente de que resistir el vendaval regeneracionista era más peligroso que excluir a los partidos del «*turno*» (que en 1868 habían expulsado a su suegra, la reina Isabel II, precisamente por sus prácticas exclusivistas). De hecho, éste volvió a funcionar con precisión pendular: en 1901 juraba un nuevo gabinete encabezado por... ¡Sagasta!, el mismo que había presidido el *gobierno de la vergüenza* que condujera al Desastre. Maura pronunció la sentencia política de aquel tiempo: *los frustrados* no lograron reemplazar *a los fracasados*.

Sin embargo, el fracaso sonoro que acompañó la acción política de los regeneracionistas no debiera enmascarar la honda y prolongada influencia de sus ideas y propuestas. Éstas tuvieron duración y trascendencia, tanto en el plano político como en el filosófico. El 98 supuso un aldabonazo en la historia española, como lo fuera, por la misma época, la derrota de Sedán, en la Francia del 70, la derrota de Shimonosheky frente a Rusia para Japón, y Adua, en 1896, para los

### Cuadernos de pensamiento político

italianos, o la crisis del *ultimátum* de 1890 en Portugal. Y lo cierto es que los regeneracionistas, aun cuando fracasaron en su intento de derribar el régimen, obtuvieron, empero, un éxito indudable a la hora de articular el futuro discurso modernizador español –dicho sea, independientemente del juicio que merezca el molde original y el estilo de su formulación. En este sentido –y al contrario de lo ocurrido en otros países– la reacción frente al Desastre fue duradera y profunda, precisamente porque no se pudo culpar a unos políticos o a un gobierno. No fue fácil  *echar el muerto al vecino* (*El Tiempo*) porque, si no eran  *todos culpables*, como titulaba el conocido escritor y periodista republicano Luis Morote uno de sus famosos artículos, demasiados resultaron responsables. *¿Quién ha tenido culpa de la guerra con los Estados Unidos?* –se preguntaba Morote, apenas unas semanas después de la batalla de Santiago. *¿Quién alentó al pueblo con ilusiones mentirosas para desear la contienda?* *¿Quién empujó al Gobierno a aceptar una lucha físicamente imposible?* *La culpa la ha tenido todo el mundo, todo el mundo que escribe o que habla.* El mismo mundo al que acusara Azaña de haber  *explotado el pundonor nacional, la vanagloria, el orgullo lastimado y otras pasiones, sin el contrapeso de la sensatez de un pueblo bien instruido.* En su momento, casi todos sabían que la coartada «madrileña» no era cierta, aunque hoy se siga utilizando todavía. La guerra del 98 tampoco fue un producto del desvarío impuesto por la «golfería» cortesana madrileña, perezosa, romántica y guerrera a la provincia reflexiva, pacífica y trabajadora. Como reconocía, lamentándose, *La Renaixensa* (uno de los pocos periódicos opuestos a la guerra), en la opinión y en la prensa catalana había  *tantos Quijotes como en las llanuras de la Mancha.* Por eso, quizá –razonaba D. Juan Valera–  *los culpables han sido y son tantos que lo más prudente no es la absolución, sino la amnistía; olvidar lo que pasó, como se olvida el más terrible sueño, y hacer vida nueva.*

No se encontró, pues, chivo expiatorio a quién endosar la derrota y ésta hubo de digerirse como problema general. La conciencia general de culpa entre quienes escribían y hablaban, políticos, militares y periodistas, hizo que la reacción posterior se manifestara como una suerte de revulsivo nacional, agrio pero positivo, y sirviera como filosofía de modernización por mucho tiempo. En este punto y hora, los españoles dejaron de traducir del francés. La consigna del 98 no fue «*la revanche*» (1870) sino la  *regeneración* –un término igualmente con-



### Cuadernos de pensamiento político

fuso y discutible pero positivo en todo caso. Desde esta perspectiva, la reacción española frente a la catástrofe buscó más *el modelo de Prusia* (Altamira) tras Jena que el de Francia después de Sedán: *queremos* –aseguraba un Costa en el cual Morote creía reconocer al Fichte español– *un gobierno de la revancha, pero de la revancha contra los Moltkes y los Bismarks interiores, que son quienes nos han vencido*. Aquella guerra, como ya observara Azaña, *no engendró rencores duraderos. Se hundió todo y España descansó de sus trabajos, incluso del trabajo de aborrecer a los norteamericanos*. Para expresarlo en la conocida rima machadiana, los españoles *dejaron en el puerto la sórdida galera*, de modo tal que casi nadie se acordó de las colonias con nostalgia o resentimiento, *ni sintió el menor odio contra los EE.UU., ni se movió poseído de los rencores de Francia después de su Sedán* (Santiago Alba). Ni siquiera los militares. Hasta el propio Almirante Cervera, jefe de la desbaratada Escuadra del Atlántico, se felicitaba de que ya no quedaran colonias para que así España *concentrara sus esfuerzos en la regeneración interior*, mientras su hijo –también militar– alababa la competencia de los oficiales americanos y criticaba la indolencia de los políticos españoles, a quienes Costa exigía *apartarse de sueños quiméricos y empresas superiores a nuestras fuerzas*.

Por otra parte, no fue en su momento (e independientemente de que luego todos –autoritarios incluidos– bebieran de sus fuentes) la del 98 una reacción autoritaria. Tampoco fue autoritario el ambiente de la posteriormente famosa generación de intelectuales del 98. No hay que confundir con autoritarismo lo desmesurado del tono de una protesta política cuyo fondo quiso formularse desde supuestos y plataformas democráticas. Salvadas algunas excepciones notorias, la generalidad del dictamen regeneracionista fue que el expediente de implantar la democracia yugulando el liberalismo era *tal como aprender a nadar en seco*. Se trata de una respuesta que tuvo su sentido y tiene su explicación. Mal podían los españoles estar desengañados con *lo que no se practica[ba]*, sino se falsificaba: el sistema democrático-parlamentario, *al que ahora pretenden algunos atribuir responsabilidades de nuestras amarguras, como si en España se hubiese ensayado alguna vez lealmente*. Combatían lo que consideraban los defectos –la falsificación del sistema–, no la naturaleza del mismo ni sus principios. Ya supo ver Azaña que los regeneracionistas eran moralizadores, no innovadores. Como

### **Cuadernos de pensamiento político**

ha escrito Joaquín Romero Maura, «no hubo césares omniscientes, ni misiones históricas, ni nacionalismos rimbombantes. No se acudió a ninguna de estas filosofías del miedo a lo moderno, a la industrialización y al liberalismo, que ya asomaban en Rusia, Alemania o Italia». Tampoco se buscó ahogar la frustración de una claudicación en un sueño imperialista pasado o presente como en el Portugal posterior a la «*data afrentosa*» del *ultimatum* inglés de 1890.

De esta suerte, no hay que entender el 98 como resaca nostálgica del imperio perdido o reacción aislada y pesimista, sino amarga, cáustica y despiadada. Fue una crítica *feroz* (Azorín) pero afirmativa en el fondo y cuya finalidad, según Altamira, era precisamente *combatir el pesimismo*. Una crítica *que derruía los valores tradicionales pero anhelaba una España nueva*. Ya advertiría el propio Azorín en un artículo paradigmático que *cuando se acusa a ese grupo de pesimismo se comete un error*. Eran, en suma, críticos implacables pero *optimistas en lo que afectaba al porvenir*. Su discurso tenía un trasfondo histórico y una proyección de futuro. En la medida que *hubo conciencia de la culpa nacional* (Unamuno), al 98 siguió también un *examen de conciencia nacional* (José de Carracido) que buscaba la expiación por vía de contrición imitativa: la modernización. Para redimir sus culpas –las de la derrota– el pueblo español no eligió el cilicio retrospectivo sino las vidas ejemplares; o, si seguimos con el símil psicoanalítico, hizo de quien le castigaba valor paradigmático. El mundo euro-atlántico se convirtió en el modelo a seguir: *¡paso al norte!*, iba más allá de la simple consigna estética de una revista de pintura (*La luz*), al punto que el propio Costa abogó por tomar *del enemigo, el consejo, dejando a un lado el falso patriotismo, debemos inspirarnos en el ejemplo que nos han dado los Estados Unidos*, se proclamaba en las Cortes. De hecho, la fórmula costista de «reconstitución y europeización de España» contenía los elementos fundamentales de la agenda de la modernización que el país hubo de poner en práctica a lo largo del siglo XX. Por eso, la guerra de 1898 entre España y los Estados Unidos, conserva, aún hoy, alguna relevancia, en la medida en que el discurso de posguerra articula lo que ha sido la ortopedia de modernización ibérica, casi hasta el presente. Al punto que, en las aguas del 98, han pescado todos los grupos políticos e intelectuales españoles hasta el día de hoy, incluso aquellos ferocemente enfrentados en algún momento, si bien recogiendo cada

### Cuadernos de pensamiento político

cual aquella parte del programa noventayochista que le resultará más afín o rentable. De esta suerte, «la política hidráulica», con que se inauguró el siglo, y que parecía iba a continuar hasta hoy; las obras públicas de la dictadura de Primo de Rivera; el énfasis y esfuerzo pedagógico de la II República; la política de industrialización del régimen del General Franco; e, incluso, hasta las obsesiones – y realizaciones – por la convergencia económica y la vocación europeísta de los gobiernos de la democracia actual, son difícilmente inteligibles sin las resonancias que siguieron a la guerra de 1898.

Dentro del romance de España, el 98 supuso la ruptura definitiva con la *laudatio* isidoriana o alfonsina –todavía muy presente en la hagiografía liberal-nacionalista del ochocientos– y el regreso a una *lamentatio* por la pérdida de España (1898), castigo de *la culpa nacional* (Ciges) que una expiación imitativa debería «transformar» en *resurrección* de la España «degenerada», *africanizada*, si no por la concupiscencia como en el romance, por el atraso y desidia de sus pobladores. La reacción al Desastre, en suma, no genera resentimiento contra los americanos sino un deseo de emulación e imitación. Imitación del Occidente más adelantado y progresivo. Para empezar, de los americanos, cuyas reformas en la Isla de Puerto Rico, arrebatada a España en la contienda, se ponían como ejemplo de lo que debía hacerse en la propia España apenas tres años después de la derrota (*Imparcial*, 1901). No hay, pues, por qué endosar el pesado débito del antiamericanismo actual en la cuenta del 98.

### IMPERIALISMO: ÚLTIMA FASE DEL ANTI-AMERICANISMO

Sin embargo –dice bien Santos Juliá– cada generación tiene su lectura sobre los grandes hitos históricos. Treinta o cuarenta años después de aquel acontecimiento, los *teenagers* del 98 (V. Cacho) que, por edad, apenas habían vivido o recordado aquella derrota, la reinterpretaron de forma bien diferente. O al menos así lo hicieron algunos de ellos. La filosofía del resentimiento, con su purga autoritaria incluida, no arranca del 98. Es un detritus de la primera posguerra europea. Viene de los veintes y treintas del pasado siglo, aunque tome el 98 como origen y pretexto. Conviene –nos conviene a todos– que

### *Cuadernos de pensamiento político*

nuestros socialistas de hoy sepan de dónde procede esta *torcida* antiamericana: para empezar, es un producto de la derecha autoritaria, como puede rastrearse fácilmente en el guión de *Raza* –la pieza histórica con que el propio General Franco hizo armas literarias bajo el seudónimo de Jaime de Andrade– o en un artículo profesional del Almirante Carrero en la *Revista de la Marina Española*. Poco después, durante los años cuarenta, los falangistas se encargaron de prestarle un mordiente teórico a la filosofía del resentimiento en su capítulo antiamericano, añadiéndole el ingrediente nacionalista mussoliniano y nazi (*L'Italia fuori*, o la organización de la emigración transalpina, sobre todo en América; y el departamento *Ausländer* del partido nazi, cuyas operaciones en el Brasil de Vargas inquietaron seriamente a Roosevelt) a las teorías leninistas sobre la fase imperialista del capitalismo mundial. De este modo, los españoles emigrantes en las repúblicas iberoamericanas serían, en el sueño falangista, la punta de lanza de una cruzada hispánica contra el imperialismo yanqui. Pero, claro, aquella España famélica de la autarquía dependía de los suministros americanos del sur para comer y, para moverse, necesitaba la gasolina norteamericana aún más que la división Leclerc. Y así fue como la cruzada falangista antiamericana quedó reducida al Instituto de Cultura Hispánica, como reducto de quimeras coloniales y refugio de iberoamericanos apergaminados, nostálgicos de una sociedad de castas en un tiempo pasado.

Sin embargo –y a pesar del *peaje* económico liquidando la autarquía (J. L. García Delgado) que, afortunadamente, hubieron de abonar los franquistas para sobrevivir en el mundo hostil de la segunda posguerra– la mueca antiamericana quedó arraigada en la cultura de la extrema derecha española. Así, en 1947, jóvenes de Acción Católica vandalizaron varios templos Protestantes anglo-americanos de Madrid y, en junio del año siguiente, otro grupo de militantes de Acción Católica y Falange asaltó un local Protestante americano destruyendo el mobiliario y agrediendo a la «herética» congregación al grito de *¡Viva la Virgen!* En la década siguiente, siendo apenas adolescente, recuerdo perfectamente la invasión y destrozos de que fue objeto mi colegio por su carácter liberal y por estar cobijado en un edificio americano. Sólo la embajada de los EE.UU. quiso y logró detener la agresión. Todavía en 1962, Blas Piñar, a la sazón Presidente de Cultura

### Cuadernos de pensamiento político

Hispánica, publicó una sonora diatriba antiamericana en ABC con el título de *Hipócritas*, donde se arremetía –en clara referencia a la voladura fortuita del USS «Maine» que precedió a la guerra del 98– contra *los que hicieron su historia y su grandeza volando buques y atribuyendo culpas para justificar la intervención armada en beneficio propio*. Y, ya casi en nuestros días, conviene recordar al respecto que Alianza Popular recomendó la abstención en el referéndum de 1983 que dirimía nuestra permanencia en la OTAN –según ha reconocido el Presidente Aznar, *un disparate y una gran equivocación*.

No merece la pena insistir. Pero sí quizá refrescarles lecturas o memoria a alguno de los jóvenes socialistas de la presente Administración para recordarles, además, que el antiamericanismo procedente de la izquierda no viene de una alcurnia intelectual muy distinta ni mucho más noble que el que les ha legado la extrema derecha. En realidad, imperialismo (que es la acusación) y librecambismo (que es la realidad de la política económica americana) es una contradicción en términos. Imperialismo es la política de extraer rentas fiscales de poblaciones y territorios extraños, sometiéndoles a una administración directa para imponerles la producción metropolitana mediante un impuesto arancelario. Los EE.UU. son un país intervencionista, desde 1917, 1940 y 1948 en que se lo pedimos, y 2001, en que les atacaron. Son un país muy potente y, a veces, prepotente. Pero eso es otra cosa. De hecho, el «latiguillo» del *imperialismo americano* es, en buena medida, un producto de la propaganda soviética. En palabras de Hugh Thomas, «como la sífilis, el tabaco y la patata, una idea importada de Latinoamérica», cuando la izquierda –cabría añadir– dejó de leer a Marx, para interesarse en el tercermundismo. Es también una derivada de la teoría sobre la concentración capitalista y enfrentamiento imperialista, como última fase del capitalismo monopolista internacional. Una idea que arranca del reparto de África y el llamado «nuevo imperialismo» de fines del XIX pero cuya explicación económica ya estaba desprestigiada y había sido cumplidamente refutada por los economistas profesionales de la época, cuando Lenin la copió (1916) de Hobson, vía Rosa de Luxemburgo y Rudolf Hilferding. Eso sí, las teorías imperialistas que hacen a la retórica antiamericana, deben enmarcarse dentro de la descolonización posterior a la II Guerra y relacionarse con la sustitución del proletariado industrial del Occidente desarrollado como sujeto revolucionario por el campesinado asiático,

### *Cuadernos de pensamiento político*

la etnografía nacionalista, el integrismo religioso y otras formas de marginalidad social –calificación ésta que debe ser leída y medida, claro está, con arreglo a parámetros occidentales. Formas y fórmulas políticas que han desarrollado estrategias revolucionarias propias de su raquitismo intelectual, falta de eco social, fracaso de propuesta política e inferioridad militar. La alternativa y respuesta a esa orfandad ha consistido en desencadenar y recurrir a economías de violencia o «guerras baratas», en suma: guerrillas, «foquismo» y terrorismo. Fueron formas de insurgencia que discurrieron entre la Larga Marcha de Mao y la guerra del Vietnam, pasando por la de Argelia, la revolución castrista y la guerrilla guevarista en Latinoamérica. Se desarrollaron, pues, en otras latitudes. Pero, durante la década del sesenta, tuvieron una fuerte resonancia –y un impacto demoledor– en ambientes intelectuales y grupos marginales de una izquierda occidental carente de horizonte revolucionario doméstico, desorientada porque había perdido su propio referente revolucionario y defraudada con las disciplinadas organizaciones de obediencia soviética. En todo caso, fueron y son fórmulas que desentonan en el pentagrama filosófico marxiano y están muy distantes de la tradición socialdemócrata europea, para no hablar ya del mundo de valores propio de la democracia liberal y pluralista. Formas, en suma, que responden a una deriva ideológica, no por más violenta menos reaccionaria –en el sentido más propio y literal del término–, contraria a nuestras tradiciones ilustradas y liberales y a la idea occidental de progreso.

Aclarados, a derecha e izquierda, los orígenes del antiamericanismo, parece llegado el momento de recordar también el hecho de que los liberales y socialistas españoles de antes de la guerra –aun después y a pesar del 98– fueron simpatizantes y admiradores de los EE.UU. Lo fueron Pi y Margall y Castelar (con incidente del Virginius y todo) durante la I República, un régimen que admiraba a –y, con escaso éxito, quiso inspirarse en– la gran federación americana. Lo fueron también los liberales de la Restauración, de derecha a izquierda: desde D. Juan Valera, que dirigió nuestra representación diplomática en Washington y hablaba inglés con soltura, a Moret (que era bilingüe) y Canalejas, que recorrió y estudió con minuciosidad la Unión Americana. Los hombres de la Institución Libre y de la Residencia fueron buenos conocedores, admiradores e imitadores del progreso pedagógico de los EE.UU., desde el Sr. Giner a D. José de Castillejo,

### *Cuadernos de pensamiento político*

que hasta escribía un inglés fluido. María de Maeztu ideó su Residencia de Señoritas (para educación de la mujer universitaria) según el modelo americano. ¿Y qué decir de los socialistas de la II República? Pues que Prieto estuvo invitado a la Conferencia de San Francisco que constituyó la ONU y terminó sus días como ferviente partidario de la OTAN, y Negrín, políglota consumado, tras la Guerra, estuvo refugiado en Londres y en Nueva York. D. Fernando de los Ríos fue embajador de la República en Washington y, finalizada nuestra guerra, él y su familia fijaron su residencia en los EE.UU.

No parece, pues, que el voto socialista o la inscripción en dicho partido exija comulgar con un antiamericanismo tercermundista, antioccidental y contrario a nuestros intereses de Estado. El PSOE es un partido centenario y, como tal, tiene tradiciones casi para todos los gustos. Sería buena cosa para todos que, en este trance internacional, tuviera buen gusto. Y mejor sentido. Y tomara ejemplo del centro-derecha español, que ha sabido marginar –al tiempo que fagocitar– tradiciones de dudosa reputación, ya provinieran de «jóvenes mauristas», primorriveristas, franquistas o «piñaristas», para volver la vista a Cánovas y Maura, Sagasta o Moret, Alcalá Zamora y hasta el propio Azaña (cuya inclusión en el santoral de la derecha es discutible pero siempre preferible para todos que recordarles a Millán Astray). A la inversa, haríamos todos también un buen negocio institucional si el socialismo español, en lugar de inspirarse en el caballerismo (que propugnaba la marginación de la mitad del país con una revolución sangrienta pero incompetente y cuyo faro internacional era el soviético) o en ecos de un «guevarismo» parisino trasnochado, reclamara la herencia intelectual y política que legítimamente le corresponde de Fernando de los Ríos o D. Julián Besteiro, pongamos por caso.

### **DEMOSCOPIA Y CONSENSO EN POLÍTICA INTERNACIONAL**

El Presidente del Gobierno propone, con buen tino a mi juicio, regresar al consenso en política exterior del cual nunca debiera haberse salido. Lo propone pero no lo dispone. Y no parece importarle mucho. Siendo un hombre de talante amable y buenas maneras, que es una ventaja considerable –dicho sea sin ninguna ironía–, resulta sig-

### *Cuadernos de pensamiento político*

nificativo y preocupante que haya reservado su parte distante, desabrida y hasta insultante para con los americanos. Tratándose de persona tan bien educada y templada, una reacción tal, más que casual debe de ser calculada. Nada que objetar, salvo que no estoy seguro de que el cálculo demoscópico del Presidente busque votos por el centro o sirva a los intereses de Estado. Descontado el déficit de ignorancia que haya en el balance, parece indudable que el Sr. Zapatero está más que dispuesto a que el Estado, que somos todos, pague el precio del deterioro en las relaciones con un país que representa un cuarto del PIB mundial, con tal de incrementar cuarto y mitad la popularidad entre radicales, que sólo son algunos. Así que... ¡palo a la burra americana y carnaza a la fiera! Es cierto que, en un sistema democrático occidental, no puede hacerse política exterior contra la opinión pública. Lo sabemos –y es un ejemplo clásico de cualquier profesor de historia– desde el revolcón que la opinión pública británica dio a su propio gobierno de *appeasers*, tras la ocupación nazi de Praga, en marzo de 1939, y lo hemos comprobado en España recientemente. Es además un precepto elemental de nuestra época democrática que el Sr. Zapatero nos recuerda, con razón, incesantemente. Pero una cosa es cultivar la opinión mayoritaria, atender a la pedagogía, propiciar el debate, dar explicaciones, evitar sobreactuaciones y ser recatado en exposiciones fotográficas, y otra muy distinta es sustituir las ideas por las encuestas y la política internacional por la demoscopia. Los intereses de Estado no pueden ponerse a barlovento de un sondeo, porque van más allá de una elección. Como el déficit, la política exterior afecta a generaciones venideras que aún no han podido expresarse y cuyo futuro no tenemos derecho –no tiene derecho el gobierno de turno– a hipotecar. Por eso debe consensuarse. Nos va en ello nuestra solvencia y capacidad negociadora. La de todos. También la del Partido Popular, que haría bien en contener la sonrisa. Tras la «pirula» del gobierno en Irak, y hasta que no reconstruyamos ese consenso de manera sólida y creíble, cualquier gobierno español –incluido uno del PP– sólo podrá cosechar eso de, *¡hola, amigo!* Sin consenso no damos para más.

Pero, claro, bien pensado, ¿qué consenso en política de Estado puede esperarse en un país que cuestiona su propio Estado? Somos el único país de la Unión que ha decidido abrir un proceso constituyen-



*Cuadernos de pensamiento político*

te (ahí no nos cuentan, en cambio, con cuánto respaldo de la opinión) y que tiene planteados dos proyectos de secesión. Si a ese panorama inquietante se le añade el deterioro de las relaciones con los EE.UU., ¿puede creer alguien en serio que ese viaje nacional –amén del viraje internacional– nos van a salir gratis? A todos, se entiende. Sobre todo a los secesionistas que piensan en contrafactual y no quieren enterarse de que, en el mercado político y cultural internacional –para no hablar ya del económico–, la suma de las partes vale mucho menos que el todo. ¿De verdad pensamos que puede hacerse política de Estado con esos mimbres? ¿Qué haríamos nosotros si estuviéramos del otro lado de la mesa? Convengamos que es razonable que la Sra. Rice –o cualquier Cancillería seria– se pregunte de qué Estado se trata e, incluso, con cuántos Estados va a tener que tratar en el futuro.

Y digo «Estado», pero deberíamos preguntarnos por el tipo de régimen que nos aguarda: ¿vamos a reconstruir una especie de *Acien Régime* pero sazonado de colectivismo nacionalista? Porque de las cosas que uno oye estupefacto de los políticos nacionalistas podría deducirse que vamos a liquidar una sociedad compuesta por ciudadanos libres e iguales, sujetos de derechos individuales fundamentales y soberanos. Se diría que estamos en dar la vuelta al voto de la histórica noche francesa del 4 de Agosto, para retroceder dos siglos y pico y sumirnos en el mundo particularista de estamentos y estados generales, gobernado por el principio filosófico de la desigualdad y el privilegio. Me temo que tendremos que armarnos de paciencia y prepararnos psicológicamente. Sobre todo, tendrá que armarse y prepararse la izquierda –o lo poco que de ella quede, tras el matrimonio morganático con el nacionalismo–; la izquierda, digo, porque es la inventora de la definición del soberano como el conjunto de los ciudadanos individuales e iguales, en su expresión política a través del sufragio universal libre y secreto. No sería extraño que celebráramos el bicentenario de la Constitución de Cádiz (1812) –el código de los pueblos y los ciudadanos de su tiempo, frente a las «Cartas otorgadas» por los reyes– liquidando la idea central de la soberanía nacional o popular, la seña de identidad y la bandera política de la izquierda durante siglo y medio. Por lo pronto, ya hemos oído en el Congreso una mención favorable a la Constitución de Bayona, la Carta otorgada por Napoleón a los españoles en 1808. Un producto de arqueología constitucional

### *Cuadernos de pensamiento político*

que ya nació bastante agujereado por la polilla de su propia época. No me sorprende nada que les guste a los nacionalistas. Siempre he sospechado que éstos, como sus Cartas y Planes, son pre-modernos, un detritus del particularismo del Antiguo Régimen pero sin Ilustración y trufados de violencia colectivista romántica (por eso es también de su gusto el recuerdo anacrónico de los carlistas). Por razones profesionales obvias soy lector del Diario de Sesiones. Y, sinceramente, nunca creí tropezarme, «en el templo de la soberanía nacional», que decía el «Divino», con el espectáculo insólito de que ese conjunto de palimpsestos constitucionales, rescatados entre la naftalina de un pasado tan superado, no obtuviera respuesta adecuada y contundente desde la izquierda de la Cámara. Porque hay silencios atronadores. Y, aunque no los veíamos, todos los sentíamos. Y, aunque no los oíamos, todos los escuchábamos. Todos sabíamos que allí, entre los escaños de la izquierda, estaban sentados y abochornados, como albaceas de una idea y testigos mudos de una afrenta a su propia historia, desde Argüelles a Prim, de Canalejas a Azaña, de Pablo Iglesias a Julián Besteiro. Y, en la derecha del hemiciclo, también estaban O'Donnell y Cánovas, Maura y Alcalá Zamora, Lerroux y Gil Robles. Pero estaban callados porque estaban asombrados. No era su turno. Tampoco el del Sr. Rajoy, por bien que lo hiciera. Todos sabemos que otro debía haber sido el reparto.

En cierto modo, ya estamos en un debate de Antiguo Régimen: ¿qué otra cosa son las balanzas fiscales regionales, en que los impuestos comienzan a calcularse por colectividades o nacionalidades, en lugar de individualidades? Como dice el Presidente de Extremadura, a este paso, los individuos también terminaremos por reclamar nuestra propia balanza fiscal, cuestionando el principio de progresividad. Pero, en fin, como hace tiempo escribió Fernando Savater, lo peor de todo ese baratillo intelectual nacionalista retro es el producto marginal que nos hacen leer y nos obligan a escuchar. Convencidos de que *en los países avanzados* (sic) viven pendientes de nuestras miserables querellas de aldea, en lugar de hablar de otras cosas –por ejemplo, de agricultura, como dice, otra vez con razón, Juan Carlos Rodríguez Ibarra, o, del deshidratado plan hidrológico– nos enredan en ese debate de tanta altura intelectual y trascendencia internacional entre el valenciano y el catalán, ese nuevo *Affaire Dreyfus* de nuestro tiempo,

### Cuadernos de pensamiento político

que tiene a Europa en vilo y a los parlamentarios de Strasburgo sobrecogidos. Ya lo ha dicho con humor y tino mi buen amigo José María Calleja: «en Iparralde no se habla de otra cosa».

Al parecer, pues, el escenario optimista tampoco se ha cumplido en la esfera interna. Nos dijeron que desaparecido Aznar, que todo lo *tensionaba*, también todo se apaciguaría. Y Aznar se ha ido, pero se ve que se le ha olvidado llevarse la realidad consigo. Ahí sigue el Sr. Ibarreche igual que antes: con su amenaza de referéndum ilegal y su plan a la puertorriqueña. Bueno, igual no. Un poquito peor, porque al plan le han dado otra vuelta de tuerca tras las últimas elecciones generales para radicalizarlo aún más. *No pasa nada*, nos aseguran. Y, en efecto, al menos es tranquilizador que no completen la frase con aquello de... *y si pasa no importa* –que proclamaba el gobierno Giral en Unión Radio, cuando los «savoias» italianos comenzaban a bombardear Madrid, los regulares marroquíes a sitiarla y las bandas de milicianos a «pasear» a los que llevaban corbata (en lugar de parar a los rebeldes en la línea de Talavera, como se lamentaba Azaña e hizo el Mariscal Victor con Wellington).

Para que nos tomen en serio fuera tendremos, pues, que ponernos de acuerdo entre nosotros dentro. Aunque sea un acuerdo de mínimos. Acordar, por ejemplo, si queremos pagar un Ministerio de Exteriores que gestione intereses de Estado o, por el contrario, financiar una ONG de «Españoles sin Fronteras», en donde alguna jovencita haga prácticas de cooperación con nuestro dinero. Y lo invierta en el África sub-sahariana, donde nosotros tenemos pocos intereses que defender y promocionar –y en donde, dicho sea de paso, los tienen, en cambio, los franceses y por eso cooperan activamente en la región. El Ministerio de Estado, se supone, es una institución seria y venerable. Por eso aparece en primer lugar en el orden protocolario. No es la Cruz Roja. No se hace caridad con la República. La caridad se canaliza a través de multitud de agencias independientes en un esfuerzo de solidaridad ingente, generoso y desprendido a menudo. Pero la eligen y la financian los individuos, *con discreción y sin reflectores* –que decía Cánovas hace siglo y medio. Aseguraba el Presidente González hace pocos años que la antipatía no garantiza que nos tomen en serio. Tiene razón. Tampoco la cooperación coadyuva a la defensa de los intereses de Estado, salvo que los escolte y sirva. En el

### ***Cuadernos de pensamiento político***

mejor de los casos, con esa filosofía de ONG, en lugar de un departamento que defienda y promocióne nuestros intereses, tendremos una agencia de relaciones públicas, que no es igual. Y, por cierto, el Ministerio de Defensa tampoco es lo mismo que el cuerpo de bomberos. Y, en la medida que representa el monopolio de la violencia legítima del Estado, debe demostrar capacidad y –lo que es casi más importante– voluntad de ejercerla.

### **LA AMÉRICA PROFUNDA: UNA IMAGEN QUE NOS INTERESA Y UN CLICHÉ QUE NOS PERJUDICA**

El problema de alcanzar un consenso en política exterior no es sólo, ni siquiera principalmente, de partidos. La cuestión va más allá del concierto con el PP. Con ideas tan esperpénticas, más propias de *Izvestia* o *Gramma* que de un *País* occidental, que nos quieren convencer de que el régimen tiránico de Pyongyang, y el totalitarismo religioso de los ayatolas, se están dotando de armamento nuclear porque se *sienten amenazados* [por los EE.UU.], no hay consenso posible. Al menos no lo hay con un segmento medianamente ilustrado y viajado de la población española. Y no es tanto cuestión de ideas políticas como de respeto intelectual, autoestima personal e identidad occidental. El asunto es que la catarata de antiamericanismo que hemos padecido en estos meses, visceral y primitivo, zafio y arrogante, sonrojante y grotesco, por tanto, nos llena de vergüenza a cuantos, ciudadanos de a pie, conocemos medianamente la República Norteamericana (y que, en el mundo académico, somos legión). Se puede, en efecto, discrepar legítimamente del Presidente Bush, como de hecho lo hacen muchos americanos. Sin embargo, es poco presentable –y menos rentable– construir una caricatura del personaje y del país. Una retórica que no distingue la cultura de la inteligencia, que desprecia al *common man* del medio Oeste y apenas disimula su repugnancia aristocrática ante esa movilidad social americana que tanto fascinaba a Tocqueville, que –como en el 98, por cierto– utiliza expresiones rancias, más propias del Antiguo Régimen que de una democracia moderna, como *rendir pleitesía* [al gobierno americano] o *arrodillarse ante* su bandera (cuando bastaba con levantarse a su paso educadamente), no es sor-

### Cuadernos de pensamiento político

prendente que añade el error de cálculo a la onerosa e inédita imprudencia de apoyar abiertamente a uno de los candidatos en liza –sin entender además que Kerry era, amén de proteccionista, más unilateralista que Bush.

La noción que se tiene de los EE.UU. en buena parte de la izquierda española está tan desenfocada que ni siquiera percibe sus propios intereses sociales y nacionales. No se dan cuenta de que mucho del voto a Bush en la América profunda tiene todavía un eco del hombre independiente y rebelde de la sociedad de frontera turneriana. El mito del Oeste salvaje tiene su origen en Rousseau. «El salvaje» americano no es bárbaro, como entre los positivistas; ni degenerado, como para los neo-darwinistas. El salvaje de las praderas es primitivo; es decir, original, propiamente americano. Por eso se salva. Se salva de la corrupción y *congestión de las grandes ciudades* del Este (Hamlin Garland). Es parte del tardío mito romántico americano. La nostalgia de haber *perdido la Frontera* (Woodrow Wilson). El lamento *del alma pionera* del cowboy que añora *los espacios abiertos* del Viejo Oeste que *permiten* [soñar] *reformas sin violencia* y [celebrar] *la prosperidad de otros sin acidez corrosiva ni odio* (Hamlin Garland). En mucho del Oeste, palpita aún una *instintiva antipatía contra monopolios y privilegios* (Turner). Un recelo *del ciudadano de a pie* frente a las *instituciones financieras del Este*. Hay un regusto de independencia frente a *gobiernos neo-coloniales* (De Voto) de Nueva Inglaterra y los manejos de políticos y financieros del Este, más inglés, más rancio y aristocrático, con otra educación, maneras, expresiones y hasta un acento diferente. Formas cuyo estudiado ropaje intelectual y *gauchiste*, entre Boston y París, no hacen sino incrementar la distancia.

El que algunos nos encontremos más cómodos entre nuestros colegas de Harvard o Yale no debiera oscurecernos la otra realidad ni impedirnos aprovecharnos de ella. Sobre todo, si nos conviene, como es el caso. Porque, dentro de un océano de ciudadanía republicana que comparte la inmensa mayoría del país, esa América profunda del Oeste siempre ha buscado ciertas variantes identitarias. Y junto al mito nativista de la frontera como forja del emigrante europeo, regenerado en americano, reconvertido en un luchador individualista que transforma el medio y se hace a sí mismo, practica y respeta el trabajo manual construyendo una sociedad rabiosamente democrática e

### *Cuadernos de pensamiento político*

igualitaria, surge también el mito de un pasado diferente. Un mito de origen, en alguna medida, distinto a los Estados del Este. Una leyenda –y realidad– que tomó acento español desde que Charles Lummis publicó (1893) *The Spanish Pioneers* y Helen Hunt Jackson noveló en *Ramona*, una gesta novohispana diseñada, en parte, para rivalizar con los *Pilgrims* de Nueva Inglaterra. No, los esfuerzos cada vez más frecuentes que hacen los candidatos del Oeste –Bush incluido– por chappurrar español no abrigan únicamente un propósito electoral. Es también una seña de identidad. Más allá del prejuicio o de la soberbia nutrida por la ignorancia, ¿es posible dudar que todo ese «romance de la tribu americana» (William Goetzmann) de «cowboys contra yankees» (McGeer) nos conviene? Naturalmente que dentro de todo ese mito del Oeste, en general, y de esa leyenda hispanófila, en particular, hay muchas cosas que a los ciudadanos nos gustan muy poco. Por ejemplo, la protesta nativista y anti-urbana de los *cowboys* esconde a veces una carga de primitivismo nacionalista y neo-romántico, contrario a la mejor tradición Ilustrada de los *Founding Fathers* –que ya advirtieron, tiempo ha, Lewis Mumford y John W. Ward– y que hoy aparece señalada con frecuencia en la crítica contra los «neo-cons». Tampoco nos entusiasman siempre a los españoles de hoy los ecos de un pasado felizmente amortizado que nos devuelven edulcorado por la pradera americana. Ya sabemos que no hay nada más incómodo que los elogios ni más embarazoso que le recuerden a uno orígenes y referencias que cree haber superado. Pero el que nos inquieten algunos episodios de nuestra propia historia no debe llevarnos a ignorar su importancia genérica ni a despreciar su rentabilidad.

Que los EE.UU. son un inmenso país continental con cerca de trescientos millones de habitantes y una extensión que triplica la de la Unión Europea, un país hecho de diversas oleadas de emigrantes muy heterogéneos y, como tal, complejo y variado, donde conviven etnias, culturas y tradiciones diversas, exitosamente ahormadas por una cultura política común de igualdad republicana, enorme libertad individual y formidable movilidad social, dentro de la normativa que ha ido desarrollando el Tribunal Supremo, son realidades elementales que demasiados españoles, empezando por alguno de sus dirigentes actuales, parecen desconocer. Una república continental de tamaño envergadura no es comparable con cada uno de los pequeños Estados

### Cuadernos de pensamiento político

Europeos. Un poco como en nuestro viejo continente, en la Unión Americana puede encontrarse casi de todo. Y hay, naturalmente, fenómenos que, juzgados desde la óptica reciente de una Unión Europea próspera (en relación a su inmediato pasado, que no en comparación con los EE.UU.), socialmente cohesionada, libre y tolerante, pueden resultar antipáticos o incluso repugnantes. Pero, en función de la traumática experiencia europea de nuestro inmediato pasado –y con tantas situaciones de nuestro presente– lo que no parece de recibo es que nos sorprendan con el ademán de la cortesana escandalizada. En los EE.UU. se han producido, y se siguen produciendo, incidentes de discriminación e incluso violencia racista intolerables, aunque nunca se haya vivido nada parecido a la experiencia nazi ni al genocidio pasado y presente de nuestros Balcanes.

En los EE.UU. hay, ciertamente, un «cinturón bíblico» (mucho más protestante que judío, dicho sea de paso) que toma el Antiguo Testamento como si de un mapa de carreteras, de fronteras o «de ruta» se tratara, un despropósito que traba y comprime el angosto margen de maniobra de cualquier presidente americano, por buena disposición que tenga en relación al problema palestino. Pero movimientos milenaristas que hacen política de una historia mitológica, inventada e inexistente no faltan entre nosotros. Sin ir más lejos, en la España de hoy basta leer la prensa para toparnos con el anacronismo de una historiografía de corte y confección *pro patria faciendum*, con arreglo al cual Sancho el Mayor sería un independentista vasco o el conde Fernán González un precursor de la Comunidad Autónoma Riojana. El que a los profesionales del ramo nos encante porque nos suministran un inagotable material didáctico, a la hora de explicar lo que es un anacronismo en Historia, no le resta un ápice de fantasía a la imagen. No hace falta insistir. Ejemplos en que se logra un singular equilibrio entre la ignorancia y la paleta, el delirio y el esperpento son abundantes en Europa, desde Cataluña a Irlanda, desde Bretaña a Córcega. Están en la mente de todos y vienen de larga data. Al punto que ya Guicciardini ironizaba en la Italia del Renacimiento sobre lo que, en la década del veinte del siglo pasado, un historiador dio en llamar «el culto» de una antigüedad imaginada (y sus desastrosas consecuencias en los tiempos de la Revolución Francesa).

### **Cuadernos de pensamiento político**

Conviene, pues, que nos expliquen bien y de verdad cuáles son nuestros intereses. Nuestros intereses de Estado, se entiende, más allá de bambalinas, fuera de ese libreto demoscópico, escrito para un *vau-deville* electoralista de ocasión y que caricaturiza a los EE.UU. en general y a Texas en particular a modo de las series televisivas de *Falcon Crest*, en lugar de relacionarlo, por ejemplo, con la Universidad de Rice, o la Biblioteca de Austin –el mejor fondo bibliográfico iberoamericano que conozco, incluyendo los de Buenos Aires, México, Madrid y Berlín. Bien es verdad que la gente se retrata cuando le va la vida en el envite, la vida colectiva o individual. Los mismos países europeos que hacían gala de un desdén aristocrático respecto a los EE.UU. imploraron su ayuda en 1917, 1940 y 1948. Las mismas personas que critican y desprecian la tosquedad de los rancheros tejanos corren –si pueden– a curarse en los hospitales de Houston cuando se ven amenazadas por una enfermedad grave. Quizá no estuviera de más incrementar nuestra dosis de honestidad intelectual, combinándola con una relación un poquito mejor con la realidad.

### **EL ADANISMO DE LA POLÍTICA ESPAÑOLA**

Pero, en fin, todo esto es lo de menos. Para empezar a entendernos entre todos, uno rogaría a los gobernantes actuales que redimensionaran sus fobias. Aznar, guste o no, pasará a la historia como un político importante –aunque sólo fuera porque metió a España en *el corazón de Europa* (es decir, en el Euro), socializó la política del equilibrio presupuestario y, como Felipe González en la izquierda, le dio al centro-derecha liberal la seguridad de poder gobernar sin complejos ni culpas (un delito que los teóricos de la «mayoría natural» dudo le perdonen jamás). Muy importante, en efecto. Pero no tanto como parecen creer sus enemigos actuales. No es cuestión de tender la mirada y deshacer todo lo que él hizo. «Lo-contrario-de-Aznar», no es un programa político solvente. Precisamente porque el Presidente Aznar tiene menor importancia que el Estado, sus rivales deberían relajarse un poco, abandonando el temor a coincidir con él en aquello que sirve al Estado común. Lo suyo –lo propio de un gobierno diferente– sería rectificar el tiro (para eso les hemos elegido) pero no la pieza. Pueden salirse de la foto pero sin sacarnos del mapa –del mapa de



*Cuadernos de pensamiento político*

nuestros intereses, se entiende. Como han hecho italianos y portugueses, por ejemplo. Hacer lo contrario del rival no es garantía de éxito. El Sr. Zapatero puede dormir tranquilo al respecto. Porque su castidad izquierdista estará amenazada por su promiscuidad con el nacionalismo etnicista, que nada tiene de progresista; o por el tercermundismo, que nada tiene de marxista, pero difícilmente por mantenerse en una política pro-occidental. Que no se preocupen los gobernantes actuales: coincidir con el Sr. Aznar en que dos y dos son cuatro no les convierte en «aznaristas» sino en pitagóricos.

El adanismo es una sintomatología cuya verdadera dolencia hay que buscarla en la ignorancia. En política internacional es, además de primitivo, costoso. Y, en la España democrática, vamos reproduciendo un patrón político, desconocido en el resto de Europa, con arreglo al cual liquidamos una generación de profesionales bien formados y experimentados cada ocho años, como mucho cada doce. No importa de qué partido se trate. Es revelador que, en el actual equipo de Exteriores, una inflación de expertos en Oriente Medio (donde tenemos más preocupaciones que intereses) se acompañe de una ausencia casi total de los grandes diplomáticos de significación socialista que estuvieron en puestos directivos en tiempos del Presidente González. Hay, pues, razones para temer que, en la siguiente alternancia, no quedará del anterior equipo popular ni los restos –salvo posiblemente el Sr. Acebes, que, al parecer, resulta políticamente incombustible, y doña Ana de Palacio, que es inasequible al desaliento (al desaliento de sus colegas en el Palacio de Santa Cruz, se entiende). Tampoco sería sorprendente entonces que asistiéramos a una reedición, en cuero popular –pero tanto da– de un Renouvin inédito, a cargo de otro jovencito que, sin hablar un idioma ni haber residido más de una semana en alguno de los países centrales, nos vuelva a descubrir el mundo y se apresure a reinterpretarlo. Eso sí, de manera exactamente contraria al Sr. Zapatero. Reinaugurando, por ejemplo, una etapa «anti-gabacho», que es uno de esos disparates capaces de cosechar mayor rentabilidad demoscópica en ciertos sectores de la derecha radical española. Como los simios imitativos de nuestra especie siempre copian lo peor, es verosímil que, visto el éxito del Sr. Zapatero poniendo los intereses de Estado a remolque de sondeo, sus futuros rivales populares hagan otro tanto –pero al revés, claro. No sería de extrañar.

### *Cuadernos de pensamiento político*

Sin debate de intereses, que es la única base racional para un acuerdo entre competidores, será muy difícil articular el consenso. Y sin identificar ni consensuar intereses de Estado estables, sólo restará el capricho. Una política arbitraria que no tardará mucho en introducirse, como un virus, en los nombramientos y, a la postre, en el sistema de selección de funcionarios. Al paso que vamos, pronto veremos oposiciones de diplomáticos al Partido Socialista, frente a los que opositen al Partido Popular (más el «tercio familiar», que diría un franquista, asignado a los partidos nacionalistas, tan del gusto del Sr. Zapatero). Sin embargo, debiéramos tener muy presente que la gran diferencia entre el Estado español y el de otros países de nuestro entorno cultural y lingüístico, digamos que más laxos, no es el simple guarismo de renta *per cápita*. La diferencia central es que en España contamos –quizá desde la Ley de Función Pública de Maura de 1918– con un funcionariado weberiano, independiente, meritocrático y seleccionado mediante exámenes públicos, discutibles pero objetivos e imparciales. Gracias a ello, el franquismo encontró cierto freno y equilibrio. Y, gracias a ello también, fue posible la Transición. La idea no es mía. Fue de mi malogrado primo, Santiago Varela –que era un socialista inteligente y honesto, perteneciente a esa generación que los actuales gobernantes han amortizado casi por completo.

El Estado español no nació el 14 de marzo de 2004. Tiene intereses atlánticos *ab urbe condita*: desde la unión de reyes y coronas en el siglo XV, junto al hecho miliar americano de 1492 y a la política matrimonial que nos llevó a Bruselas en la siguiente centuria. Unos intereses seriamente limitados desde Utrecht, iniciado el setecientos. Unos intereses que parecían definitivamente liquidados en 1898 pero que, en el siglo pasado, la emigración se encargó de mantener, que fueron renovados en el novecientos ochenta y noventa por las ingentes inversiones españolas, y que nuestro regreso a Bruselas en 1985, finalmente ha proyectado y reforzado. Debería ser ocioso recordar que sin la estrecha colaboración con los EE.UU., todo ese capital estratégico –económico, político y cultural– correrá un riesgo cierto. Así pues, amenazar o quebrantar esa relación vital con los EE.UU. que tiene más de medio siglo, respetada y reforzada por todos los gobiernos desde entonces, y que, a pesar de su origen, paradójicamente, ha servido para apuntalar nuestra seguridad (frente a las potencias totali-

### *Cuadernos de pensamiento político*

tarias, ante el terrorismo y en el Estrecho), incrementar nuestra prosperidad y, por lo tanto, garantizar nuestra libertad –como consecuencia no diseñada pero si rentabilizada y celebrada–, es una gravísima irresponsabilidad que sólo la ignorancia puede explicar, ya que no justificar. Sin duda, cada uno es libre de seguir viviendo su limbo, a ritmo de sondeo y en el regocijo de su ignorancia. Lo único que se les ruega a los actuales robinsones de la política internacional española, es que no añadan soberbia al desconocimiento y que ni prejuicios ideológicos ni voracidad demoscópica les nublen la visión de sus intereses, que son los de todos. Y ya que son tan *de leur gout*, que imiten a los izquierdistas de la vecina República (se entiende, claro, que imiten sus métodos porque, sus objetivos, va de suyo que no son necesariamente idénticos, ni antes ni siquiera ahora). Que tomen, pues, ejemplo de aquellos políticos radicales que inauguraron el famoso Puente de Alejandro III, en amor y compañía con el autócrata de todas las Rusias. Y que, si les desagradan los americanos (el sujeto colectivo no es más abusivo que la caricatura que del mismo se hace), porque ni los entienden ni los conocen, al menos que sean discretos: miren el mapa y aprendan a distinguir entre lo que les gusta y lo que nos interesa, que no siempre es lo mismo. Sobre esas bases, es posible reconstruir el consenso en política exterior. Consejeros con experiencia e inteligencia probadas no les han de faltar. Se supone que los tienen en casa. Basta con preguntarles al Presidente González y a su equipo.

### **A MODO DE EPÍLOGO Y ESPERANZA**

No quisiera cerrar estas reflexiones sin una nota de esperanza. En el fondo, lo que está ocurriendo –la presencia abrumadora del hecho y del debate internacional en España– es un síntoma halagüeño. En definitiva, estamos pagando el precio de nuestro propio éxito. Porque España ya no es un país irrelevante. Es un país importante: de un volumen considerable, con un PIB como el de Brasil o el de Canadá, o un poquito más, y que se expresa en la segunda lengua occidental. Debemos, pues, contener nuestro miedo escénico y salir al estrado internacional. Entre otras cosas, porque, nos guste o no, como a los actores primerizos, nos van a empujar a las tablas nuestros compañeros de reparto. Somos demasiado grandes como para escondernos.

### ***Cuadernos de pensamiento político***

Demasiado relevantes como para «recogernos», que decían los canovistas en el último cuarto del siglo antepasado. No nos van a dejar en paz. Nos sacarán a la palestra, aunque sea a bombazos. Va a ser mejor que nos reconciliemos con el crecido volumen de nuestro nuevo cuerpo y que seamos nosotros, en lugar de otros, quieneselijamos nuestra propia indumentaria internacional. El reto consiste en hacerlo con discreción. Con mesura y tiento pero con decisión y sin complejos. Hasta ahora, hemos manejado con acierto y prudencia nuestro propio fracaso. Hemos superado un conflicto fratricida, reconciliándonos; una posguerra miserable y vengativa, desarrollándonos; una dictadura, democratizándonos *–motu proprio* y sin ayuda americana, como necesitó el resto del continente. Estamos en la OTAN, en la Unión y con el Euro. Hemos salido otra vez a aguas abiertas. La cuestión ahora es si vamos a manejar el éxito con la misma discreción con que superamos el fracaso. Hace cosa de un siglo, un político argentino les advirtió a sus compatriotas, exultantes de riqueza en la celebración de su primer centenario, que el éxito es más difícil de gestionar porque la conciencia de una realidad modesta amortigua el disparate. Puestos a imitar, mejor sería inspirarnos en Carlos Pellegrini, que fundó el Jockey Club y su biblioteca, que en Perón, que lo quemó.